

## SECCION DOCTRINAL.

---

### DISCURSO DE INAUGURACION

DE LAS CÁTEDRAS DEL ATENEO DE MADRID,

pronunciado el día 8 de Noviembre de 1877 (1).

SEÑORES:

El año anterior, en ocasion análoga, tratando de juzgar los varios sistemas filosóficos que se habian engendrado del movimiento contemporáneo, hube de hacer calorosa impugnacion de las escuelas escépticas y de la panteista y la materialista, y preguntándome cuál era el que representaba la direccion en que debia en adelante moverse el pensamiento y el que contenia los elementos de la verdad filosófica, hube de contestar, y tal es mi profunda conviccion, que ese sistema es el espiritualismo.

Pero no basta haber resuelto la cuestion propiamente filosófica, quiero decir, la que se propone indagar y declarar cómo es el sér, cuál es su esencia y cuáles las leyes de su vida, todo segun modo permanente y eterno, y en el terreno de la razon: no basta haber afirmado la existencia de un Dios personal absoluto é infinito, y la espiritualidad del alma humana, y la presencia de un órden moral, y que al término y como remate de la presente, espera á los hombres otra vida que empieza

---

(1) Recomendamos muy especialmente á nuestros lectores, este profundo y elocuente discurso de nuestro amigo el Sr. Moreno Nieto, en el cual, completando su pensamiento del año anterior á favor de la escuela espiritualista, proclama la sublime y hermosa doctrina cristiana, «la única que hoy defiende en el seno de la Iglesia católica los principios religiosos en medio de los pueblos civilizados» como dice y demuestra el autor.

más allá de la tumba; al lado de estas cuestiones, y aún sobre ellas, está la llamada cuestion religiosa. La razon filosófica, la ciencia del libro, la de la escuela, la de la tribuna, acaso no da para las preguntas que esa cuestion temerosa entraña soluciones satisfactorias; de todos modos es menester dirigirla esas preguntas y ver de una vez qué contestacion da hoy ó anuncia el siglo xix: el alma espera con ansiedad la respuesta. —Dado que existe un Dios personal y en este mundo sublu-  
nar un sér que llamamos hombre, ¿qué linaje de relaciones existen en su vida? ¿Interviene Dios en la del hombre como providencia? ¿Nos muestra la historia del pasado la presencia de Dios en la historia universal? ¿Se ha revelado al hombre la verdad religiosa? ¿Se ha manifestado especialmente en alguna grande época? El cristianismo, esa religion que hace más de diez y ocho siglos viene recibiendo la adoracion de los hombres, ¿es una religion divina? ¿Es ella una revelacion directa y positiva de Dios? Sus dogmas, sus enseñanzas, ¿contienen la verdad religiosa y la verdad moral absolutas?—La ciencia hace mucho tiempo viene desenvolviéndose fuera de las vías cristianas. De las escuelas filosóficas, unas condenan el cristianismo como siendo el error y el mal; otras, pareciendo que le aceptan, le desfiguran, y en hecho de verdad le rechazan, y aún aquéllas cuyos principios se acercan más á las enseñanzas filosóficas cristianas, ó niegan ó no se atreven á afirmar lo sobrenatural, positivo é histórico, y niegan ó dudan sobre el carácter de salvador y mediador de Cristo, y sobre su carácter divino, negando así ó dudando del dogma central de esta religion augusta. Al mismo tiempo las comuniones cristianas que se separaron en el siglo xv y posteriores del seno de la Iglesia, han ido de negacion en negacion á una concepcion y doctrinas que hoy son plenamente naturalistas. Y bajo la influencia de estos hechos y de tantas negaciones el espíritu se pregunta hoy lleno de ansiedad: ¿Estará destinada á desaparecer de los dominios de la razon y la conciencia la religion cristiana? Si debe desaparecer, ¿qué religion será la que ocupe su lugar? ¿O es que habrá de realizarse un renacimiento religioso cristiano?

Veamos las causas que nos han traído á esta situacion, y

digamos los trámites y los momentos de esa historia, cuyo último término, cual se muestra á la hora presente, es una casi completa desviacion de lo divino cristiano.

## I.

Pues esta situacion y estado general, es el resultado de todo el movimiento de esa época que empieza hácia el siglo xv, en que el espíritu humano aspira á moverse y determinarse por su propia virtud y ensaya, abandonando la antigua, buscar una concepcion nueva hija de su propia y libre razon, y construir una sociedad y un mundo y realizar una vida por todo extremo diferentes, segun los consejos y la inspiracion de nuevos ideales.

El primer hecho en que se manifiesta ese impulso, y el primer movimiento que habia de llevar á esa emancipacion de lo antiguo y á la renovacion de lo que existia, fué la revolucion protestante. Y no porque ella apartara el pensamiento de la idea religiosa cristiana, que ántes bien pretendió seguirla fielmente y áun purificarla y vivificarla, y en lo que toca á la vida interior no buscó elemento alguno racional que tirase á dar al alma una direccion y sentido diferentes; pero como se levantó contra la autoridad de la Iglesia y proclamó la independencia de toda conciencia individual, fué desde luégo un principio que venia á destruir ó á conmover lo que existia, y por fuerza y por esa virtud revolucionaria que entrañaba, habia de servir para producir ó sino para franquear el paso á nuevas maneras de pensar, y á la postre para apartar á los pueblos europeos de aquel órden que hasta entónces habia sido el fundamento y la regla, no sólo de su vida interior, sino áun de toda su existencia y formas exteriores.

Más sentido de novedad trajo desde luégo á la historia europea ese otro gran suceso que se llama Renacimiento. Éste daba al pensamiento de las nuevas generaciones el espectáculo de una civilizacion diferente y áun opuesta á la civilizacion cristiana. Porque era esa civilizacion, la clásica, bien lo sabeis, no nada austera ni mística ni dada á lo suprasensible y divino, sino naturalista, llena de movimiento, de libertad, de alegría, civili-

zacion en que el espíritu humano se daba en espectáculo á sí mismo y aspiraba al libre juego de sus facultades y al goce de los intereses y placeres temporales. Por una virtud ó dote especial, ó por una dichosa conjuncion de elementos y hechos históricos, esa civilizacion, aunque naturalista en su esencia y poco inclinada á la seriedad y trascendencia de la vida moral y religiosa, habia alcanzado el ideal de la belleza que logró encarnar en obras peregrinas y de perfeccion incomparable, poniéndole además como regla de su vida: por donde ofrecia al que la contemplaba un no sé qué de simpático y amable que despertaba enamoramiento y llevaba hácia sí suave y blandamente. Y sucedió que la Europa se apasionó de ese ideal clásico, y al ver una civilizacion distinta de la que habia dado de sí el génio cristiano, y que era clla de especial belleza y como expresion de eterna juventud, vió su sentimiento ladearse hácia esa antigua civilizacion, y se dió á una tendencia que no sé llamar sino tendencia libre y humana, y al culto de la forma, cosas todas poco conformes al sentido general de la vida cristiana. Es verdad que la revolucion no trascendió á lo más íntimo y esencial, verdad tambien que la renovacion que en las artes y las ciencias obró el Renacimiento no se produjo con carácter de hostilidad al cristianismo: se inclinó á ser sólo modelo de belleza exterior y á despertar el gusto tan puro y exquisito de los clásicos; pero aún con esto sólo cambiaba en ciertos órdenes la direccion del espíritu, estimulaba la curiosidad y despertaba la aspiracion á modos de desarrollo nuevos y diferentes. Por otra parte, la presencia de esa civilizacion era por sí solo un cambio notable: aquella preocupacion de la edad anterior, segun la cual no se veia más allá de los tiempos cristianos sino barbarie y tinieblas, se desvaneció en gran parte, y la esfera de la historia y de la humanidad se agrandó. Dejóse por muchos de ser católico exclusivo para hacerse hombre, y se inventó un nombre, el humanismo, con que se designa una nueva tendencia, llamándose humanistas á cierta clase de hombres, á aquellos que se nos muestran como los verdaderos iniciadores de las corrientes modernas.

Pero más acaso que la presencia y el espectáculo del mundo clásico, habia de apartar á la Europa de los senderos trillados

el espíritu científico que empezaba á manifestarse por entónces. La escolástica habia secado el pensamiento, manteniéndole en las frias y heladas regiones de la especulacion, y allí, detenido como en inmenso desierto, secábase y se consumia en indolente ociosidad, ó si quereis, en infecundo y estéril movimiento. En los días que ahora recorreremos, un ánsia de vida y ardor de progreso brotaba por todas partes, y el pensamiento, cansado de la especulacion y las abstracciones, volvíase hácia la pura y viva realidad cósmica. Ese mundo de la naturaleza, tan lleno de vida, de luz y de colores, desconocido de la escolástica, que se habia forjado un mundo de pura fantasía, queria conocerle en la infinita variedad de sus séres y fenómenos, desentrañando sus secretos y descubriendo sus leyes por medio de la observacion y la experiencia. Las ciencias astronómicas fueron las primeras en entrar en este camino, y las que hicieron mayores adelantos. Los sistemas de Tycho Brahe y Copérnico hicieron una revolucion completa en la manera de concebir el cósmos. En adelante no era ya la tierra el centro de todo, sino un pequeño planeta flotando en torno del sol y en medio del universo mundo. Por entónces el hombre, que merced al telescopio habia sondeado las profundidades del cielo, inventó la brújula, que habia de permitirle recorrer la extension de la inmensa mar. Colon descubre un nuevo mundo, perdido en las soledades del Océano. Vasco de Gama abre nueva ruta para el Oriente. Magallanes y El Cano, seguidos de intrépidos navegantes, recorren todas las zonas, dan á conocer ignotos países y extrañas gentes, y determinando la extension y la figura del planeta, abren á los ojos de la atónita Europa inmensos y anchurosos horizontes. No mucho despues habian de comenzar importantísimos trabajos, que fundaran y agrandasen las ciencias naturales.

Entre tanto la filosofia, la ciencia revolucionaria, ó si quereis, la ciencia de la crítica y de los ideales, preludiaba sus nuevos destinos y anunciaba ya en recientes tentativas la evolucion profunda y radical que iba á producir en todos los ramos del saber. Al principio consagróse á la crítica de la escolástica, pero pronto convirtió sus miradas á mayores empresas. Hízolo en dos direcciones diferentes: la sensualista,

representada por Bacon, y la racionalista, que empezó por los trabajos de Descartes. Una y otra llamaron á juicio lo que ántes habia creído y pensado la razon, y ponen despues á ésta en caminos y rumbos de descubrimientos. A pesar de esto, no rompen desde luégo con la tradicion y con los principios que por tiempos venian inspirando el pensamiento y la conciencia de la Europa, y hubo un momento solemne en que la filosofia, la verdadera, es decir, la especulativa, la que se referia á Descartes, se aplicó con singulares alientos á la renovacion y confirmacion de las doctrinas cristianas, momento en que tambien las ciencias naturales se esfuerzan en vivir en relacion fraternal con la Iglesia. Esto, como era fácil adivinarlo, no podia durar mucho: los vientos portadores de los gérmes de las cosas futuras soplaban cada vez más violentos; el espíritu de la Europa seguía su camino; un secreto ardor trabajaba y removía las entrañas de la humanidad, y al acabar el siglo XVIII estalla al fin aquella revolucion, que es la más grande, la más profunda y terrible que jamás presenciaron los siglos. La época era de renovacion universal, de crítica y de nuevas formaciones. Parecia que el hombre salía á una tierra ántes ignorada. Vagos deseos, oscuros presentimientos, anhelos poderosos, le empujaban y estremecian. El espíritu de la Europa, tomado como de delirio, se movía sin cesar, se agitaba, soñaba con lo desconocido. Y no era de lo sobrenatural de lo que se preocupaba, sino de lo temporal; y en vez de la celestial, sólo buscaba en el porvenir una Jerusalem humana y terrenal. El cristianismo, que representaba lo antiguo y mostraba hostilidad, ó si no desvió, á las nuevas corrientes, y que seguía hablando al hombre sólo de Dios, de la conciencia y la vida futura, y del pecado, la abstencion y la penitencia, era objeto de las burlas ó los desdenes de aquella generacion venida al mundo para demoler y trastornar, y para franquear el paso á nuevas formas, á instituciones distintas y á ideales ántes desconocidos. Y fué él perseguido y escupido y pisoteado. Una corriente escéptica y de burlona impiedad alentada por frívola y sensualista filosofia, atravesaba la atmósfera, y personificándose en un hombre que unos veneran como genio bienhechor, y otros maldicen como un impío

y un malvado, volvió sus iras contra la religion del Evangelio, y en medio de sangrientas burlas y de satánicos sarcasmos, pretendió arrancar de aquellas gentes hasta el gérmen de las creencias. Calmóse, despues, el encono y la ira contra el cristianismo, pero no porque volvieran á ocupar las creencias su antiguo puesto, sino más bien porque sucedió la indiferencia religiosa, y la sociedad se entregó á la labor histórica que la señalaban los tiempos, dejando la Iglesia y la religion en la oscuridad y en el olvido.

A pesar de la impiedad y de la hostilidad al cristianismo, que caracteriza la indicada evolucion en la Francia y en los paises que han vivido en la época moderna de su espíritu, y sentido su influencia; á pesar tambien de las ruinas que habian causado las tendencias sensualistas y escépticas de ese movimiento revolucionario, podia esperarse una saludable reaccion religiosa, en la esfera de la ciencia primero, y despues en la esfera de la realidad; porque esa obra parecia ser hija, más de la frivolidad y de un espíritu aventureró, que no el resultado de la ciencia severa, y representar, ántes que el pensamiento esencial y definitivo de los nuevos tiempos, el carácter de un período revuelto y agitado. Despues de todo, ese movimiento, si daba una cierta manera de pensar, si engendró un determinado sentido, contrario y hostil á la tradicion religiosa, no dió, hasta que aparece más tarde el positivismo, una concepcion completa que pudiera reemplazar las antiguas grandiosas convicciones. Y como la humanidad no puede vivir sin una creencia ó sin una conviccion filosófica, era de creer que renaciera al punto el eclipsado ideal, brotando de en medio de las ruinas; pero la filosofia seguía en otra parte su obra de destruccion religiosa; y creyéndose encargada ella sola en adelante de la cura de las almas, empezaba á elaborar, en mil y mil sistemas, el que anunciaba que habia de ser el verbo de las nuevas generaciones.

## II.

En Alemania es donde se cumple ese gran trabajo de la filosofia, que se ha levantado con la pretension de dar la pro-

fesion de fe que ha de repetir la humanidad por los siglos de los siglos; y Kant es quien le inaugura con su *Crítica de la razon pura*. Pues esa obra empieza proponiendo la duda universal, y al preguntarse qué hay de verdad en lo que la razon afirma de cuanto existe en los cielos y en la tierra, contesta, no con una afirmacion, sino con una interrogacion. Si una interrogacion, ó si quereis una duda, es la última palabra de esa tan renombrada obra, ¿podemos estar ciertos de algo? Nó, dice Kant: todo es pura exigencia de la razon del hombre; jamás ésta podrá elevarse sobre sí misma y afirmar la validez de sus juicios con absoluta certidumbre. Con especialidad en lo que toca al mundo trascendente de la metafísica y la cosmología, cuando de él puede decir la razon está viciado interiormente por las antinomias, que obran de tal modo, que toda afirmacion queda destruida por una contraria; la cual, siendo igualmente valedera, anula y destruye la anterior.

Delante de la *Crítica de la razon pura*, punto inicial y vestíbulo de la ciencia moderna, nada queda en pié, todo se trasforma en pura apariencia, producto de la razon humana, no ciertamente caprichoso y arbitrario, pero que es dado forzosamente, por virtud de su propia naturaleza sin relacion con ley objetiva de las cosas. ¿Qué será para esta filosofía el cristianismo con sus dogmas, sus enseñanzas y sus creencias? Mejor dicho, ¿qué será toda religion? Nada. Todo dogma, toda creencia religiosa se desvanece cual vana sombra. Delante de ella no hay sino ruinas, dudas, negaciones: en ella sólo se ve á la razon preguntándose sobre el mundo y sobre sí misma, que niega el mundo y que á sí misma se niega.

Despues Kant, por una como inspiracion de la conciencia, quiere volver á crear el mundo que ha destruido, al ménos, el mundo moral, y allí afirma realidades, y más ó ménos laboriosamente construye el reino de los espíritus, donde se ve aparecer al hombre con su libertad y su responsabilidad, y un órden moral donde se coloca á Dios, y en cuyo término se ve aparecer una vida futura, complemento de la que acá en la tierra cumplen los mortales. En ley de buena lógica, y para la ciencia verdadera, una vez declarado válido y legítimo el resultado de la *Crítica de la razon pura*, de nada vale la razon



práctica, porque si lo racional puro, si lo verdadero ideal no puede recibir una aplicación trascendental, es decir, si ello no es real, y por tanto, no puede afirmarse, ¿qué valor ha de darse á lo racional que regula el orden moral? ¿El carácter imperativo muda acaso su naturaleza? ¿No será igualmente una exigencia de la pura razón con valor meramente subjetivo? Y por otro lado, si las verdaderas realidades, es decir, Dios y el hombre desaparecen, ¿qué valor ha de concederse á las relaciones que son dadas para la vida del espíritu, y que no son en buena y sana filosofía concebibles sin esos seres? Pero en fin, puesto Kant por un sofisma en el camino del ser y de la afirmación, él desenvuelve el orden moral con alto sentido, y presenta enseñanzas que pueden contarse entre las más valiosas del racionalismo contemporáneo.

Desde ese nuevo punto de la razón práctica juzga Kant el cristianismo.

Su sistema religioso y su interpretación de la religión cristiana, no es en puridad, sino lo que en Alemania y en el lenguaje de los escritores protestantes se llama el moralismo. El cristianismo se ve reducido á ser mero simbolismo de ideas y conceptos morales, conjunto de prácticas y medios útiles para la elevación del hombre. ¡Pobre concepción de escritor racionalista que no conoce la grandeza de la religión cristiana, digamos más, que ni ha penetrado en las profundidades de la conciencia, ni sentido y escrutado las grandes necesidades de la vida religiosa! Kant da en los pasajes y lugares á que he aludido, el primer ejemplo de esas interpretaciones arbitrarias de las enseñanzas y dogmas cristianos, de que después hemos de ver repetidos y lastimosos ejemplos.

En esta misma dirección subjetiva, Fichte, al determinar la realidad, hizo lo, como sabéis, afirmando y poniendo solo el sujeto pensante, y negando toda objetividad fuera de él, cuya doctrina lleva consigo la negación del hecho religioso, ó si decimos, de la verdadera ley moral y de toda conciencia y vida religiosa. Sin embargo, en la Instrucción, para la vida bienaventurada, se elevó á la idea de una norma objetiva y á la concepción de la religión como unión de lo finito y lo infinito, y encontrando esta unión expresada en Jesús de una ma-

nera más completa que en otra persona humana, dió el cristianismo, el que resulta del Evangelio de San Juan como el ideal moral y religioso de los hombres.

Por lo que he indicado sobre estos dos célebres escritores, puede conocerse que unos y otros comprendieron el problema religioso que se imponía desde luégo á la razon moderna, y áun añadiré que se ocuparon de él, no con aquella frivolidad de que habian dado tan tristes muestras los filósofos franceses de la pasada centuria, sino con la seriedad que dicho problema exige, por lo cual sus trabajos merecen un puesto señalado en la historia de la cuestion religiosa; pero dicho esto, debo tambien declarar que ellos empezaron á emplear, y recomendaron con su ejemplo, ese método funesto que consiste en tratar el cristianismo desde las alturas de la razon filosófica como un hecho meramente humano y concepcion inferior y subordinada al pensamiento crítico actual, y en desfigurarle, convirtiéndole en otra cosa que lo que él significa, y es en verdad segun el sentido de la Iglesia y de la conciencia cristiana.

En ese funesto camino continúa, y lleva las cosas hasta un punto verdaderamente extraño, aquella direccion especulativa y sintética que se produce en la filosofia alemana en la época de Schelling. Este escritor parte del error fundamental de querer deducir el cristianismo como un hecho racional; cuando él en realidad descansa principalmente en hechos históricos, y no puede construirse por el método especulativo empleado por dicho filósofo. El pecado original, la redencion, ved sus hechos principales. ¿Pueden ser deducidos por la especulacion aquel hecho tristísimo y este otro augusto y memorable? Para Schelling, la caida es el acto de salir de si lo absoluto, descendiendo á ser lo finito, y la redencion el acto de ese absoluto, que ascendiendo, se manifiesta, y une y encarna por incomprendible operacion, en lo finito. ¿Y es esto hacer filosofia cristiana?

Por otra parte, consiste la esencia del cristianismo, en que pertenece al órden moral y á la vida religiosa, y no es sólo ni principalmente una teoría ontológica ó cosmológica, como lo es el cristianismo de Schelling. Para el verdadero cristianismo

el hecho moral es lo principal: él dirige sus palabras á la conciencia. No sería el mismo, no cumpliría su obra; sus historias, tan llenas de unción, perderían su virtud sobre las almas desde que el sentido supremo de ellas fuese otro que el de la clemencia y el amor. Sin esto, como dice un crítico extranjero, podría haber hecho milagros, pero no cambiar las voluntades ni sanar los corazones. En Schelling no hay nada que tenga carácter moral, nada que toque á la esfera interior y á la conciencia religiosa. El absoluto y su evolucion, ese es su sistema; y el cristianismo es ese mismo sistema á que despues se pone por nombre, ó, si vale la frase, por mote, la etiqueta de cristianismo. ¿Y cómo habia de ser esa palabra en Schelling otra cosa que un mote y una mistificacion? El cristianismo, aunque, como hemos dicho, sea principalmente un hecho del órden moral y religioso, descansa en una metafísica. Ahora bien; ¿qué tiene que ver el absoluto de Schelling, pura unidad ideal, posibilidad pura, principio de indiferencia y gérmen abstracto en que se contienen los contradictorios, el cual, determinándose, va haciendo evolucion y ascendiendo ó circulando por los varios séres y formas del universo, con el Dios personal del cristianismo, acto puro, sér infinito que vive por la eternidad en la intimidad de su sér, y que saca de la nada todas las cosas? ¿Qué puede haber de comun entre el mundo moral de Schelling, movimiento de la fuerza universal, que se desarrolla en un proceso oscuro y fatal como energía universal, con la concepcion cristiana del mundo de los espíritus en que éstos realizan la ley moral y actúan su vida como individuos responsables y libres, y no sólo para manifestar y ayudar á la fuerza cósmica, sino para hacer su propia obra y cumplir sus destinos?

Hegel continúa la obra de Schelling, y en sus obras hállase una construccion más libre, más caprichosa y más absurda del cristianismo. Aquel racionalismo absoluto, que en la razon del hombre forma por su sola virtud el mundo todo, los cielos y la tierra, lo humano y lo divino, trata libremente del cristianismo; y así como hace salir la naturaleza y el espíritu de aquella fantástica y fria evolucion de la idea, pone nuestra religion augusta en su corriente, y la somete á su proceso y á

las inflexibles leyes que le rigen, y da nombres sagrados á los raros engendros de su sistema. Ved cómo muestra lo que dice de la Trinidad: «Como la idea, al realizarse, se manifiesta á sí misma y se une á sí en su objetividad, Dios es necesariamente Trinidad. Dios es el sér general, el pensamiento, que es la sustancia de todas las cosas, y, como tal, es el Padre. Pero este pensamiento no es una generalidad abstracta; él tiene un contenido que se particulariza, él se representa en otro y se hace pluralidad de ideas. Este otro es el Hijo, el logos, el lugar de las ideas, donde Dios se hace mundo inteligible, reino del pensamiento: es la eterna produccion del Hijo. Mas Dios vuelve eternamente á sí mismo, á su unidad; y en este retorno á sí, Él es espíritu, individualidad, personalidad absoluta.» ¡Ah, señores! este cristianismo de Hegel es un horrible sarcasmo, un inmenso sofisma, por no decir repugnante mentira. Despues de haber fascinado á muchos espíritus, si generosos, sobrado cándidos, vino un escritor que puso en claro, y en toda su fea desnudez, el contenido y la sustancia del mismo. Feuerbach hizo ver que el fondo del idealismo absoluto, léjos de ser el cristianismo, era la impiedad, y que de él, lo que podía y debía de salir era el humanismo; del cual otro escritor, por un desarrollo que él llamaba lógico, sacaba el egoismo absoluto. Ya, ántes de esto, la obra de Straus habia sido una revelacion.

La verdad es que la filosofía especulativa propagada por Schelling y Hegel, era un racionalismo, no crítico y subjetivo como el de Kant, sino dogmático y objetivo; pero tan absoluto, y más, si cabe, que el proclamado en la *Crítica de la razon pura*, por donde habia de ejercer una accion disolvente sobre las creencias religiosas. La verdad es, además, que ese racionalismo entrañaba una concepcion panteísta contraria por todo extremo al espiritualismo cristiano, y que forzosamente habia de tender á negarle y destruirle.

Lo que importa notar es que ese racionalismo, el de Hegel sobre todo, que eclipsó á su maestro, como cambió la direccion de la ciencia, cambió tambien los términos y los elementos de la cuestion religiosa. En la direccion hegeliana dicha cuestion no se pone de un modo formal y crítico, ni se re-

suelve en forma negativa, como lo hicieron las escuelas sensualistas, y aún la misma de Kant, sino que toma rumbos diferentes. Dios, ó el espíritu absoluto inmanente en el mundo, se desarrolla en él, y en la esfera del espíritu se manifiesta bajo varias formas, y una de ellas es la religion. La cual por ende es tomada como un producto del espíritu, como un momento de la evolucion; momento que viene en su día y en su hora, y que dura hasta que llega la filosofía á dar al espíritu la forma más adecuada á su esencia.

Semejantes principios, que son la negacion del Dios personal y de toda revelacion exterior y trascendente, penetraron en la ciencia contemporánea, y determinaron el sentido y la doctrina positiva de la filosofía alemana, lo mismo que en las demás partes en la que se refiere al órden religioso. La *Vida de Jesús*, de Straus, no es más que la aplicacion de la doctrina de Hegel al problema cristiano. La escuela exegética de Tubinga continúa y desenvuelve los puntos de vista fundamentales de dicho sistema, y el movimiento que se ha cumplido posteriormente en torno á la cuestion religiosa, ora en el seno de las comuniones protestantes, ora en el de las escuelas filosóficas, puede estimarse como la determinacion sucesiva de la idea hegeliana, que llega en nuestros días á la absoluta y franca negacion del elemento divino encerrado en el cristianismo. En lo que toca á las escuelas filosóficas, el resultado viene al punto, como era natural: en la direccion teológica y religiosa, la evolucion tiene sus desviaciones, sus titubeos y sus momentos de vacilacion, y aún de parada; pero va poco á poco creciendo, y hace algun tiempo ha tomado una marcha rápida, que lleva el protestantismo á toda vela, y con irresistible movimiento, al más resuelto naturalismo. Fáltanos apreciar rápidamente este movimiento protestante, para llegar á las cuestiones que planteé al principio.

El protestantismo, rompiendo con la autoridad de la Iglesia, y poniendo en la razon individual el criterio y resolucion de las creencias cristianas, proclamaba un principio, que llevaba escondido en su seno el racionalismo. Pudo la excitacion religiosa, provocada por esa herejía, retrasar por algun tiempo la aparicion de este fenómeno, y aún obrando ella con inconse-

cuencia, hubo de reemplazar los dogmas del catolicismo con símbolos redactados por las distintas comuniones, las cuales iban salvando los restos de las verdades cristianas; pero al fin la lucha religiosa que sostenía el ardor de la creencia se apagó, y, al entrar en el período de renovación, que empezaba en el siglo XVIII, el principio del libre exámen debía dar sus frutos, y concluir después de más ó ménos tiempo, y de esfuerzos más ó ménos eficaces, en la disolución del protestantismo.

La crisis empieza al fin de la pasada centuria. El espíritu humano sintióse en la Alemania como en Francia, excitado y removido por febril estremecimiento. Lessing y Herder agitan ante sus ojos el ideal de la humanidad, con todas sus promesas y sus risueñas esperanzas; los trabajos de Reimarus, el escéptico, acompañados del volterianismo, que había pasado el Rhin, patrocinado por el rey filósofo, llevan á todas las regiones la duda y el escepticismo religioso. No podían escapar á su influjo las creencias de las sectas protestantes, y viéronse pronto trabajos en cuyas obras la crítica empezaba á minar todos los dogmas. Semler es el que abre la série de estos escritores. Este exegeta trata ya con libertad y crítica intencionada los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, y sin negar en absoluto su valor normal para la creencia, rechaza de ellos cuanto no ofrece valor verdaderamente religioso y universal. Por lo cual, y por las miras bastante escépticas con que se consagra á la cuestión de origen y autenticidad de los libros sagrados, y la polémica violenta contra algunas de las que fueron siempre para los cristianos grandes autoridades, puede decirse que franquea el paso al radicalismo teológico. En esta dirección continuaron algunos autores protestantes, entre los cuales merecen señalarse Eichorn y Ernesti. Entretanto la filosofía crítica de Kant removía los grandes problemas, y aplicaba los procedimientos racionales á todos los órdenes del conocimiento y de la vida, y la razón, ganosa de lo absoluto, se lanza en alas de Schelling y de Hegel á todas las temeridades de la especulación. El protestantismo había de ver desvanecerse sus doctrinas ante las grandiosas y gigantescas construcciones de la filosofía de lo absoluto. Y así fué: débil por su

constitucion y su temperamento, y por el carácter de su doctrina, ha ido eliminando, depurando, sustrayendo las afirmaciones ó realidades cristianas que la tradicion de la Iglesia habia conservado, y ya se ha casi fundido en el racionalismo. No lo ha hecho, empero, como lo indicamos ántes, sin luchas y sin ansiedades, y sin una série de ensayos que dan cierto interés trágico á esta agonía de las comuniones protestantes.

El esfuerzo más notable hecho en este sentido, es decir, en el que se ha llamado de conciliacion entre la religion y la ciencia, es el que se debe al gran Schleiermacher.

La tarea de Schleiermacher consiste en hacer independiente de la ciencia la vida religiosa, trayéndola al sentimiento como su raíz y fuente principal y en hacer ver que el cristianismo ha dado la forma más adecuada á este sentimiento, engendrando por ella una conciencia religiosa incomparable. Schleiermacher considera el cristianismo más que como dogma ó conjunto de dogmas, como una vida que se realiza, y esa vida que eleva y perfecciona la humanidad penetrándola de lo divino, saca, segun él, su eficacia y efecto santificante de la accion que ejerce en la comunion cristiana el ideal de Cristo, autor y creador de esa obra que redime la humanidad. Partiendo de estos datos, él se esfuerza en afirmar el cristianismo desde el punto de vista de su virtud santificante y su influjo salvador, y tratando de probar por su propia experiencia interna que es la religion absoluta, la da á los hombres como eterno ideal que jamás podrá sobrepujarse.

Esta gran concepcion del profundo teólogo protestante padece del vicio de suprimir en la esfera religiosa el elemento ideal objetivo, sin el cual el sentimiento no puede sostenerse ni acalorarse la conciencia y de haber suprimido en su doctrina cristiana, consecuente con este punto de vista, aquel elemento sobrehumano que venía formando su esencia y dándole eficaz poder para elevar á las almas. Así, ved lo que resulta en esa concepcion: el hombre que sube hácia la region de las cosas divinas sin Dios alguno que descienda hasta él; el hombre que ora y dirige plegarias sin un sér que le escuche; el hombre que cae, se extravía y se pierde, y ninguna intervencion milagrosa de un Dios de misericordia; un Salvador humano sin

una encarnacion del Verbo eterno y en el Gólgota ninguna expiacion.—Y sin embargo, la piedad de Schleiermacher es tan íntima y tan acendrada, su sentimiento religioso tan profundo y de tan cristiana elevacion sus máximas morales, que el efecto que produce la lectura de sus obras religiosas ántes sirve para avivar que para amortiguar el sentimiento y áun la creencia cristiana. La disposicion de su alma es siempre de profunda simpatía hácia la idea cristiana y hácia la persona de su fundador, así, en aquel momento en que él ejercia su apostolado religioso, sus ideas ofrecieron un como refugio á las creencias que se veian amenazadas en el seno del protestantismo de próxima y definitiva ruina.

Al calor de esta manera de pensar, que produjo honda sensacion en Alemania, vióse á algunos escritores que se esforzaban en sostener el prestigio y la vitalidad de las creencias cristianas, y áun con referirse á Schleiermacher procuraban conservar el elemento sobrenatural más que éste lo habia hecho, dando á la Biblia autoridad soberana y normal en todo lo que toca á la conciencia. Tal sucedió con Nizts, Twesten y Uhlman.—Y áun por contraste con la corriente radical y racionalista, se produjo en aquella sazón un renacimiento de la ortodoxia luterana, que apoyada por los poderes oficiales y sostenida por hombres de la talla de Herstemberg y Stahl, llegó á constituir un movimiento que parecia prometer cierto florecimiento religioso. Pero esta restauracion, á pesar de haberse producido con estrépito, no nació vividera, y convertida más bien en hecho político, no fué poderosa á detener la marcha triunfante del espíritu crítico racionalista que seguia su obra de destruccion religiosa.—Todas las esperanzas de las almas sinceramente piadosas se fundaban en la direccion abierta por Schleiermacher; pero esta tendencia, si podia aplazar el naufragio completo de las creencias, no podia salvarlas completamente, y en el fondo ella misma encerraba un principio de negacion que la incapacitaba para la obra conservadora á que parecia consagrarse.

Por entónces habia aparecido la obra de *Jesús*, de Straus. Era, como ántes apunté, el racionalismo hegeliano, que hacía su entrada de una manera agresiva en el terreno de las cues-



tiones religiosas. Era la crítica radicalmente negativa que se proponía destruir desde sus cimientos la obra cristiana. Después de la *Vida de Jesús* publicaba Straus su *Dogmática*. En ella bate en brecha, no sólo las verdades cristianas, sino todas las que constituyen el orden general religioso. — Después vienen los que constituyen la izquierda hegeliana, Feuerbach, Daumer, Ruge, Bauer, Max Stirner. ¡Qué embriaguez de insolente ateísmo y de materialismo grosero! ¡Qué de satánicas blasfemias! Era el paroxismo de la rabia, el furor de la impiedad.

Con otros propósitos, y con intentos puramente científicos, emprendió sus trabajos de exégesis la escuela de Tubinga, y á su lado casi toda la Alemania protestante se aplica á los trabajos de exégesis bíblica, y con la idea y bajo el principio de que el cristianismo es todo él un hecho histórico de carácter igual á aquellos que han engendrado las demás religiones, van borrando una por una todas las hojas de los libros santos, despojando el cristianismo de todo sentido positivo divino, sin más autoridad que su contenido moral. A la escuela llamada de conciliación, heredera directa del pensamiento y tendencias de Schleiermacher, que á la vez que aceptaba la cultura moderna quería referirla á la doctrina, ó si no al fondo tradicional de la conciencia cristiana, y que por los trabajos de Rothe había alcanzado gran prestigio y valimiento y una ordenación sistemática que parecía asegurarla larga dominación, ha sucedido la llamada escuela liberal, la cual, en sus dos principales fracciones, ha renegado del Cristo Hijo de Dios y de la revelación, y por ello, de todo el orden cristiano que en ella se fundaba. Schenkel y Hase y Schwarz niegan, lo mismo que Schweizer, Biedermang y Lang, la divinidad de Jesús y su encarnación y el pecado original y la autoridad normal de las Escrituras; en suma, cuanto hasta hoy ha constituido la esencia de la fe cristiana en la Iglesia católica y en el seno de las comuniones protestantes. Cuanto á los últimos de los escritores nombrados, ó sea los representantes de la escuela radical, ellos han ido á perderse en el campo de las escuelas anticristiana y antireligiosa: ¿cómo puede, sino, considerarse á unos escritores que niegan el Dios personal, la distinción de lo divino y lo huma-

no, de lo eterno y lo temporal y que coronan su doctrina negando la inmortalidad personal del alma? La otra, que constituye la que se conoce con el nombre de protestantismo liberal, merece distinta consideracion. Esta escuela, aunque elimina el misterio y lo sobrenatural y quita la autoridad á la Biblia, poniéndose de una vez en medio de la corriente racionalista, se esfuerza en conservar las grandes verdades del espiritualismo y las enlaza y refiere á la conciencia é historia de las comuniones cristianas, dándolas por fundamento el ideal del Cristo.

Yo reconozco todo lo que hay de generoso en esta tentativa de los protestantes liberales de conservar, una vez desvanecida por la accion disolvente de la crítica, su creencia, en lo sobrenatural, de conservar, vuelvo á decir, lo que ellos estiman esencial para la vida íntima moral: no niego que delante de ésa guerra impía declarada á todos los dogmas y enseñanzas cristianas por escuelas incrédulas, parece tarea nobilísima el conservar la moral y la concepcion espiritualista cristiana. Hasta dentro del catolicismo en esta edad de lucha y de crítica, ó frívola ó despiadada, cuando las almas religiosas se ven acosadas por las mil invectivas y ataques contra la verdad cristiana, puede la apologética recibir valiosa ayuda de esa direccion impresa por Schleiermacher y agrandada por algunos protestantes liberales, que tiende á hacer amable y para siempre vividero el cristianismo en la conciencia por la perspectiva de las grandezas que ha creado y que ha hecho, áun humanamente hablando, incomparable y de sin igual hermosura la figura de Jesús. Pero esta tarea de dar como religion del porvenir un nuevo cristianismo, ¿no es tarea baldía y estéril despues de haber destruido el antiguo y verdadero? ¿Y puede ser valedera y eficaz esa autoridad que quiere dejar en pié como fundamento para sus enseñanzas y para la práctica? Porque es de saber que, despues de destruirlas todas, pretende reemplazarlas por aquella su afirmacion de que en Jesús, aunque hombre, se cumplió de una manera absoluta la penetracion de la conciencia divina y humana y de que él es el impecable, el justo y el santo. Ahora; esta afirmacion, que es admisible y cierta dentro de la concepción católica y verdaderamente cris-

tiana, ¿puede subsistir dentro de un sistema racionalista? Siendo Jesús sólo hombre, ¿cabe que en él se halla encarnado el ideal de bondad y de moralidad de una manera incomparable? ¿Y no es absurdo además que el protestantismo liberal, despues de negar, al llamarle hombre, lo que Jesús dijo de sí llamándose Hijo de Dios, haciéndole á su gusto y manera, quiera ofrecerle á los pueblos con aquella virtud y poder que cumpla á sus miras? La obra crítica y negativa del protestantismo liberal anula completamente su construccion religiosa.

En este punto la crítica que ha hecho de él Hartmann debe desvanecer las ilusiones que acerca de esta solucion habian concebido algunos espíritus generosos, creyendo que con ello se salvaba el porvenir religioso de la humanidad. En verdad, un cristianismo que, como dice ese crítico, no es el de Bossuet, ni el de Santo Tomás, ni el de San Pablo, ni el de San Juan, ni el cristianismo mismo de Jesús, no puede aspirar á fundar ó sostener una religion que lleve el nombre de cristiana y que conserve la fuerza santificante de esta religion. Viniendo despues de la negacion de su divinidad, parece hasta una profanacion hablar de una religion fundada en el ideal de Cristo. ¡Ah, sí! repitámoslo una y otra vez: una nueva religion cristiana fuera del cristianismo histórico no puede existir, y ahora añadiré que una religion sin dogmas, sin misterios, sin elemento sobrenatural, es una contradiccion; y si alguna vez pudiera crearse, sería una creacion estéril y sin vida que no podrá servir para levantar al hombre, ennoblecerle y santificarle.

Los protestantes liberales quieren hacer el cristianismo trasparente y de tal naturaleza que pueda compadecerse con todas las exigencias y hasta temeridades de la razon filosófica contemporánea, y para esto suprimen, eliminan, reducen sus enseñanzas. Pero ved el juicio que hace ya algunos años formaba de estos procedimientos de la escuela uno que habia sido ferviente partidario de ella, Schoerer. Despues de hablar de esas eliminaciones y depuraciones de la dogmática tradicional hecha por los protestantes liberales, les dice: ¿pero lo que queda en el crisol despues de vuestras operaciones, es en verdad la esencia de los dogmas positivos, ó es más bien el *caput mortuum* de ellos? El cristianismo hecho trasparente al espí-

ritu conforme á la razon y á la conciencia posee todavía una gran virtud: ¿no se parece mucho al deísmo y no es verdad que tiene su flaqueza y esterilidad?... Y cuando la crítica haya destruido lo sobrenatural como inútil y los dogmas como irracionales; cuando el sentimiento religioso, por una parte, y por la otra una razon exigente hayan penetrado á la creencia y la hayan transformado asimilándosela; cuando no haya otra autoridad en pié más que la conciencia personal de cada uno; cuando, en una palabra, el hombre, rotos todos los velos y desentrañados todos los misterios contemple frente á frente el Dios á que aspira, ¿no resultará que este Dios no es otra cosa que el hombre mismo, la conciencia y la razon del hombre personificadas? Y la religion, so pretexto de hacerse más religiosa, ¿no habrá dejado de existir?

### III.

Veamos ahora la situacion á que hemos llegado, la cual fué indicada en el principio y se nos ofrece ahora como el resultado de todo lo expuesto.

La ciencia, ó si decimos, la filosofía, que es la que suele dar la manera de ver de las generaciones y la direccion del pensamiento, moviéndose hace cuatro siglos fuera del cristianismo, se ha puesto en oposicion á él, y en todas sus escuelas lleva á la razon por rumbos distintos de los rumbos ortodoxos. Las escuelas críticas, las positivistas y las materialistas, enemigas de toda religion, profesan odio singular á la cristiana, que es la única que á la hora presente defiende en el seno de la Iglesia católica los principios religiosos en medio de los pueblos civilizados; y juntas á ellas las panteístas, hacen cruda guerra al cristianismo, repitiendo el dicho de Voltaire: «Aplastemos al infame.» Las espiritualistas, así la propiamente filosófica como la que viniendo desde las comuniones protestantes se apellida liberal, aunque afanosas por los altos intereses de la conciencia, combaten también la ortodoxia cristiana, ó por lo ménos no confiesan públicamente á Jesucristo, hijo de Dios vivo, ni confiesan el Evangelio. — Bajo la inspiracion de estas concepciones filosóficas, y arrastradas por los

vientos que soplan en estos días, todas las ciencias, así las naturales como las sociales, se desenvuelven y viven lejos del influjo de la idea cristiana y en oposicion á sus enseñanzas: el arte busca en otra parte sus ideales, y la sociedad se encamina á fines diferentes y marcha por otros senderos que los que el cristianismo le trazara.

Al observar el poder y la direccion de las fuerzas racionalistas, diríase que las naciones ántes cristianas marchan á una completa apostasia, á renegar enteramente de Jesús crucificado. Sin duda hay todavía en la sociedad regiones donde no ha penetrado la incredulidad; pero todo lo va invadiendo y dominando como aire emponzoñado esa corriente escéptica, la cual envia sin cesar á los cuatro vientos del cielo gérmenes de negacion y de duda. Así Straus, preguntándose en su última obra si somos cristianos, es decir, si es la Europa cristiana, ha podido contestar con satánica satisfaccion: «Nó; la Europa no vive ya bajo la ley y con el espíritu del Evangelio.»—Los protestantes liberales se han levantado escandalizados é indignados contra el escéptico audaz y dádole ruidosos mentís. Y cierto; no es maravilla que á esos espíritus que viven, digámoslo así, en comunión constante con el, para ellos, hombre llamado Cristo, que presentan la vida de él y su conciencia como el ideal de toda conducta, les haya parecido monstruosa é inconcebible afirmacion esa de Straus. En el terreno del protestantismo liberal y del espiritualismo filosófico, y en las almas que hoy se mueven al calor de tales doctrinas quedan, aún suprimido lo sobrenatural, restos de la obra que labró la religion católica. Como el alma es naturalmente cristiana y en ella depositó germen vivaz el verdadero cristianismo, la sociedad moderna, aunque desviada de esa religion, vive en parte de su sustancia y aún se fortalece con su aliento. Pero cuando se han desechado todos los dogmas cristianos; cuando se toma de la religion su moral sin su metafísica, y lo que queda de ella es admitido libremente por la razon como uno de tantos residuos que dejan los tiempos pasados á la edad presente, ¿puede decirse que la sociedad pertenece á esa religion y que vive segun ella? ¡Ah! Desgraciadamente la ciudad racionalista, ó digamos la moderna civilizacion, cual se muestra en la actualidad, más

parece anticristiana que cristiana, y, cosa más grave, lo que avanza y marcha, y lo que segun ley fatal de la historia irá en sucesivo crecimiento, á no ser que se muden las corrientes y se cambien las influencias del lado de la Iglesia católica es esa tendencia antireligiosa y anticristiana.

Veamos ahora, qué es lo que perderíamos si desgraciadamente llegara á abandonar á los pueblos la idea religiosa. Si hubiera de expresar esto con una fórmula, diria que perderia el hombre el órden divino, traído á la tierra por la religion del Crucificado: la conciencia dejaria de comunicar directamente con Dios, en una comunicacion íntima y positiva, y el cielo quedaria separado de la tierra. Pues considerad, señores, lo que es la vida entregada á las sollicitaciones de los intereses materiales y sensibles, y al estímulo de los apetitos, y el mundo viviendo sin enlace con lo divino, es decir, sin Dios, sin ideal, sin esperanzas, á solas con sus miserias y dolores, con sus pasiones y desfallecimientos. Ya con la disminucion de las creencias y de la sávia religiosa, los caractéres se han rebajado, las virtudes han disminuido: la pobre alma humana ha visto eclipsarse risueñas y consoladoras esperanzas, y la libertad moral vacila y desfallece. Cual las montañas al abandonarlas el sol, despues de dorar su cima con los últimos rayos, quedan tristes y frias, así me parece que van quedando las altas regiones del alma.

¿Y qué compensaciones nos ofrecen los racionalistas? En lugar del Dios personal y providencia, padre nuestro segun el cristianismo, que ve las acciones y oye las plegarias del hombre, Dios á quien el alma perturbada por el pecado se levanta buscando fuerza y consuelo, ¿qué nos ofrecerá la nueva religion? ¿Qué? Un Dios indeterminado, oscuro, sin entrañas, que se rie de nuestros esfuerzos, de nuestros deseos y hasta de nuestras virtudes. Y en lugar de las satisfacciones y consuelos del cristianismo la nada absoluta, el vacío infinito, la noche sombría y eterna. ¡Ah, señores! permitidme que insista sobre esto: ¡qué triste sería la vida, desterrada la religion cristiana de los dominios del espíritu! La vida no es un Edem, sino que es y será siempre una mansion de tristezas y de lágrimas. La religion, creando por cima de este azaroso reino de la contin-

gencia y del orden histórico, una region superior en que vive el hombre en comunion con Dios y con la verdad, el bien y la belleza, crea en el alma una fuerza infinita para vencer el mal y el dolor, y orientándole hácia la patria celeste, que le ofrece vastos horizontes y compensaciones infinitas, le da valor para que pueda sobrellevar, no sólo con paciencia, sino con plácida y pura alegría las desgracias de esta corta y agitada vida. La fe, la esperanza y la caridad, esas tres sencillas y divinas virtudes cristianas, ¡cuántas santas alegrías no han dado á miles de almas atribuladas! ¡Cuántas conciencias no han serenado! ¡A cuántas amenazadas tal vez del hastío de la vida, ó próximas á caer tomadas de desaliento, no las han levantado á regiones tranquilas y felices! Sin esas virtudes y aquellas otras grandes cosas que ántes nos daban bálsamo para calmar los dolores, la existencia sería de una tristeza y un peso insoportables.

Si ahora pensamos en necesidades de otro orden, es á saber, el relativo á la sociedad, conoceremos además las desventuras y peligros que podemos temer para ella, si hubiera de vivir sin las creencias cristianas, dirigidas por los sueños de los nuevos doctores.

La sociedad há menester de un orden moral, que sea base y cimiento de su existencia y sus movimientos. Sin la sancion de ese orden moral, nada significaria el poder, nada la ley. Lo que es ahora y ha sido cosa respetable, pasaria á ser sólo una cuestion de fuerza. Y el mundo, bien lo sabeis, se halla hoy amenazado de ser regido principalmente por la fuerza, y, además, elementos hostiles se acechan y preparan para reñir tremendas batallas. ¿Habeis pensado en esto, señores? Considerad la situacion que ofrece el mundo en la hora que atravesamos: no hablo de los conflictos internacionales: me refiero principalmente á los que nos presenta el interior de las sociedades. Y decidme: ¿no os asusta el ver esas muchedumbres que avanzan en són de guerra más ó ménos lentamente, movidas por brutales apetitos y por pasiones salvajes? ¿Qué sería de la sociedad si Dios desapareciera de ella, si la religion nos abandonara para siempre?

Digámoslo muy alto, y de una vez: es menester restaurar

esa religion augusta y divina, que nos da un Dios personal, sabio y omnipotente, que, llevado de infinito amor, sacó el mundo de la nada; un Dios que cuando la humanidad se corrompió por el pecado, y vivia en el mal y en sombras de muerte, por un nuevo misterio de su amor envió á su Hijo á que habitase entre nosotros, el cual derramó su sangre por salvar el mundo; un Dios que da precio infinito á la pobre criatura humana, de la cual cuida con amorosa solicitud, que oye sus oraciones, ve sus arrepentimientos, y que luégo como juez recompensa y castiga: la religion de las Tres Virtudes Teologales, la de las Bienaventuranzas, la que ha civilizado la Europa, la que ha creado en todos los siglos cristianos esos héroes que llamamos santos, y los pueblos pacíficos y grandes.

#### IV.

¿Pero es hacedero un renacimiento cristiano? ¿Es posible que las naciones vuelvan á recobrar la fe que una vez perdieron? Delante de las negaciones de la ciencia, ¿puede creerse que ha de volver á señorear las almas la religion cristiana, con sus doctrinas, sus dogmas, sus Sacramentos? Yo me he hecho, ¿por qué negarlo? me he hecho más de una vez, con grande ansiedad y con angustiosa inquietud, esta pregunta. Al oír repetir que el ideal cristiano ha muerto, y que comienzan nuevos tiempos y nuevos ideales, y que el espíritu marcha sin cesar, destruyendo lo antiguo y dejando á su paso todo, instituciones, costumbres, creencias, me he puesto á dudar si el cristianismo estaria tambien destinado á perecer entre las ruinas de ese pasado. Pero no, no puede ser: los ideales que se van son los que no arrancan de lo absoluto: los que son la verdad, el bien, la justicia y la armonía; los que contienen en su seno esas grandes realidades, y que han servido hasta ahora para expresarlas y realizarlas en la historia, esos no sólo han vivido, sino que vivirán eternamente. ¿Y por qué no ha de vivir el cristianismo, á pesar de los progresos de la ciencia? Entre los sistemas filosóficos, ¿hay alguno más verdadero y más grande que el espiritualismo; y hay algun espiritualismo más vasto, y que contenga más profundidades y



más altos resplandores que el de San Agustín, y San Anselmo, y Santo Tomás, y Fenelon; y Bossuet?

Pero ¿y los misterios? ¡Ah! yo no diré que la razón explique los misterios cristianos: mucho hay en esos misterios que pertenece á aquellas altas cimas del pensamiento, que se pierden allá en la region de lo sobrenatural, donde el flaco entendimiento humano no puede descubrir todo lo que existe; pero, en fin, algo puede hacer para rendirse ante ellos por un acto que es de asentimiento y como de adoración. Veamos el Misterio de la Encarnación, que es, podemos decirlo así, el misterio central del cristianismo. ¿Es Jesucristo Hijo de Dios, ó es el Hijo del Hombre? Yo, señores, he leído, quizá con cierta prevención cristiana, los trabajos de Straus, Ewald, Keim, Schenkel, Hausrath y Renan, todos, como sabéis, racionalistas. Al escribir la vida de Jesús, decían que no veían en Él sino al hombre.

Pues bien; en medio de dudas que no negaré, han asaltado alguna vez mi pensamiento á la lectura de esas obras, la impresión que ellas han producido, ¿qué digo impresión? la convicción que ellas han labrado en mi ánimo, es que ese hombre tan grande, tan santo, tan augusto, tan adorable, es fuerza que sea Hijo de Dios. Su vida fué, según ellos mismos dicen, una vida sin tacha ni mancha; su alma, siempre serena, no sintió el estímulo del pecado, ni el aguijón de la pasión; pasó sus días amando á los hombres, haciendo el bien, derramando por todas partes los tesoros de su amor infinito. No ofendió, ni sintió ira por las ofensas ni por las injurias. Cuando llegó la hora del sacrificio, aprestóse á él con sublime abnegación; y ya en la Cruz, sus labios sólo se abrieron para pedir perdón para los que le crucificaban. ¡Ah! ¿Es así como viven y mueren los hijos del hombre? Rousseau, á la vista de estos milagros de mansedumbre, y abnegación y valor divino, exclamó: «Si la muerte de Sócrates fué la de un sabio, la de Jesús fué la de un Dios.» ¿Quién, señores, ante las grandezas de esa vida y de esa muerte, no se rinde á la verdad? Esos mismos autores, la mayor parte al ménos, declaran que es el grande, religiosamente hablando, el impecable, aquél que vivió en la mayor intimidad de conciencia con la divinidad, el modelo

inacabable de toda vida moral, y el ideal más perfecto de la vida religiosa. ¿No es esto una manera de testimonio, arrancado á la incredulidad de esos escritores, y á su escéptica razon, por la evidencia de los hechos que forman la vida del divino Redentor?

Mas ¿á qué invocar tales testimonios? Otros tenemos más cumplidos y decisivos. No voy yo, que no es esta la ocasion, ni el tiempo me lo consiente, á intentar aquí una demostracion de la divinidad de Jesús; pero permitidme que os exponga el razonamiento de un pensador, no teólogo ciertamente, sino economista, alma séria y honrada, carácter cual pocos, severo y justiciero, J. Droz. En su trabajo titulado *Confesiones de un creyente*, hablando de la resurreccion de Jesús que, una vez admitida, ofrece la gran prueba de su divinidad, hace en su abono las siguientes consideraciones: «Jesús, dirigiéndose á Jerusalem, dijo diferentes veces á sus discípulos: tendré mucho que sufrir de los senadores y de los príncipes de los sacerdotes; ellos me condenarán á muerte, pero resucitaré al tercero dia... La noticia de estas palabras se extendió por la Judea de tal manera, que despues de la muerte de Jesús los judíos, con la esperanza de convencer á todos públicamente de su impostura, hicieron guardar cuidadosamente la entrada del sepulcro. Pues bien; á pesar de todas las precauciones, al cumplirse el plazo señalado el cuerpo no se encontró en aquél. La tradicion judía afirma que fueron los discípulos de Jesús los que sacaron su cuerpo y circularon luégo la nueva de su resurreccion; mas no es posible, añade el citado escritor, ni aún qué pensarán en ello. En efecto, ¿cómo habian de exponerse al peligro cierto de ser descubiertos? ¿Y para qué fin habian de hacerlo? ¿Acaso para contribuir á la propagacion de una mentira de que ellos habian de ser las primeras víctimas? Hay más: la promesa de la resurreccion debia ser para los mismos discípulos la prueba irrefragable de la divinidad de su Maestro: querer engañar en este punto á los judíos hubiera sido querer engañarse ellos mismos. Y aún suponiendo que hayan querido y podido contribuir á esta impostura, ellos no habrian seguramente creído en la divinidad de Jesús; habrian perdido seguramente su fe. Lo contrario fué, sin embargo, lo

que sucedió. Aquellos hombres que en vida de su Maestro habían tenido cobardes desfallecimientos, que no habían podido velar una hora en el monte de las Olivas para rogar por él, apenas han perdido su jefe, y ya una nueva fe los inflama, los eleva y los hace triunfar de todos los temores, de todas las fatigas y de todos los obstáculos: ellos corren alegres á las gloriosas pruebas del martirio.» O yo me engaño, ó este razonamiento del insigne escritor es convincente y decisivo.

Señores: diez y ocho siglos han creído en la divinidad de Jesús, siglos grandes, algunos de ellos de gran cultura; ¿por qué no han de creer en ella los siglos venideros? Esos siglos dirán seguramente que el cristianismo ha traído nuevas fuerzas que han regenerado completamente la humanidad: dirán también que donde domina el cristianismo allí está muy alta la conciencia religiosa, que su influencia es santificante, que fuera de él no hay salvación. Y diciendo esto y viéndolo confirmado y realizado en la historia, ¿por qué no ha de volver la Europa al cristianismo como el hijo pródigo á la casa paterna? Hemos perdido mucho de aquel sentido que lleva al hombre hácia lo que es hermoso y divino: nuestras luchas, nuestros goces, nuestras agitaciones, el espíritu racionalista, nos han velado en parte la hermosura del cristianismo; pero se nos aparecerá de nuevo, y entónces convertiremos á él nuestras miradas. Día vendrá, como dice Montalembert, en que la humanidad pedirá á gritos que la saquen del espantoso desierto donde la han metido: día en que querrá oír de nuevo los cantos de su cuna, respirar los perfumes de su juventud, acercar los secos labios al pecho de su madre la Iglesia católica. Y al choque de tantas almas dolientes caerán hechas pedazos las puertas de la prision en que han metido á esa madre generosa, la cual saldrá de ella más fuerte y hermosa y más clemente que nunca.

JOSÉ MORENO NIETO. . .



## LAS MÁQUINAS. (1)

---

### CARTA TERCERA Á UN OBRERO.

«Las máquinas y la division del trabajo constituyen, en cierto sentido, toda la ciencia económica.»

(PROUDHON.)

*Sr. D. N. N.*

Estimado amigo: Con gusto he sabido por su grata última que V. y sus apreciables compañeros de trabajo han leído con interés mis pobres anteriores cartas, y seguramente no por su mérito, del que carecen por completo, sino por la importancia y trascendencia de las materias que en ellas se tratan.

Con esas ligerísimas nociones, que ruego á Vds. no olviden, paso sin detenerme á ocuparme en las máquinas, destinando la presente carta á dar á Vds. una idea de lo que son desde el punto de vista económico, cómo concurren á la obra de la producción (2) y efectos económicos de las mismas.

Se entiende por máquina en Economía política todo instrumento que aumenta el poder del hombre en la producción (3). Monsieur Proudhon dice que toda máquina puede ser definida de esta manera: «Un resumen de muchas operaciones, una simplificación de resortes, una condensación del trabajo, una reducción de gastos» (4).

(1) Véase el número anterior.

(2) Primero, segundo y parte del tercer párrafo del tema del concurso.

(3) Esta definición, que tomamos de M. Garnier, es la que, con corta diferencia de palabras, aceptan todos los economistas.

(4) *Contradicciones económicas*, cap. 4.º

La palabra máquina viene del griego *μηχανος*, que significa invencion, si bien suponiendo al mismo tiempo el ejercicio ó trabajo manual. Máquina, segun Asconio, se llama todo aquello *ubi non tam materiae ratio quam manus atque ingenii ducitur* (donde se estima no tanto la condicion, disposicion é importancia de la materia como la de la mano y el ingenio). En esta definicion y en el concepto que antiguamente envolvia la palabra *machina*, iba tambien comprendida esa propension á mirar las máquinas como portentos ó milagros obrados por hombres. Tito Livio decia del mecánico de Siracusa (1): «Era Arquímedes el único observador del cielo y de las estrellas ó el único astrónomo, pero más digno de admiracion como inventor y *maquinador* de los tormentos bélicos y de las obras, por cuyo medio aquellas cosas ú operaciones que hacian los enemigos con excesiva dificultad las burlaba ó inutilizaba á poco trabajo.»

Este error de suponer en las máquinas algo de extraordinario y portentoso, no es sólo de la antigüedad, sino que el vulgo generalmente, y áun en estos tiempos, todavía lo cree. Al nombrar la palabra *máquina* salta á la imaginacion de alguno el recuerdo de las locomotoras de los ferro-carriles, ó por lo ménos un instrumento grande y de organizacion complicada y difícil. Nada tan lamentable como este error: la máquina puede ser pequeña y sencilla: una garrucha, un martillo, una palanca, un arado, un azadon, una hoz, ¿qué son sino verdaderas máquinas? (2) Máquinas, lo repetimos, son todos los instrumentos grandes ó pequeños, simples ó compuestos inventados por el hombre, y de los cuales se sirve para ejercer su accion y aumentar sus fuerzas sobre la materia para transformarla, en una palabra, para producir.

Conviene fijarse en esto: un simple martillo, ¿qué hace sino aumentar nuestra fuerza por servir para un acto del que resulte un servicio, y por consiguiente un valor? Cuando usamos un molino, ¿qué hacemos sino aprovecharnos de la fuerza

(1) IV bel. pun.

(2) Se atribuye á un obrero inglés la siguiente definicion: «Máquina es todo lo que, á más de los dientes y las uñas, sirve para trabajar.»

del agua ó viento que lo mueve, y cuya fuerza llamamos en nuestro auxilio?

Se infiere de aquí, pero es conveniente advertirlo, que ningún instrumento engendra fuerza alguna por sí solo; no es más que un intermediario entre un poder que no es suyo, sino de la naturaleza y el cuerpo sobre el cual queremos aplicar este poder ó fuerza; así, en un golpe de azada, por ejemplo, la fuerza es del hombre, pero el instrumento la recoge; en un molino, el poder es del viento ó el agua, que con las aspas ó ruedas se concentra en un punto; en una máquina de vapor, los motores son la fuerza expansiva de éste combinada con la atmósfera; en todos, en fin, la máquina, repetimos, no hace más que reunir estas fuerzas inútiles esparcidas en la naturaleza, provechosas y utilísimas juntas y aplicadas para un objeto.

Pero hacen más las máquinas, y es cambiar la acción de dirección á la fuerza y movimiento. Sin ellas, y sólo con nuestras manos, nos sería tan imposible dar una gran velocidad á un cuerpo, por ligero que fuese, como levantar una pesada piedra, mientras que con el huso damos un rápido movimiento para hilar y con una polea levantamos un enorme peso.

En el primer caso trasformamos la fuerza en velocidad, y en el segundo la velocidad en fuerza.

En un reloj el motor es la mano que hace el resorte; pero esta fuerza acumulada en la máquina, se distribuye á las demás piezas de ese objeto.

Por medio de una máquina hacemos todavía más: modificamos la dirección de ciertas fuerzas, convirtiendo un movimiento alternativo en continuo, ó un movimiento vago é incierto en preciso y regular.

Explicada la noción de la máquina, veamos cómo concurre á la obra de la producción.

Aumentan las máquinas la producción, según M. Chevalier (1), de dos maneras: primera, haciendo más productivas las fuerzas del hombre: segunda, aprovechando las fuerzas de

---

(1) *Curso de Economía política* en el Colegio de Francia, 1851.

la naturaleza. Los economistas que de esta cuestion tratan, citan varios ejemplos para probar la enorme diferencia que hay entre la industria moderna y la antigua, y ésta aún en los periodos y pueblos donde se ha creído eran florecientes, progreso realizado y sólo debido por la introduccion de las máquinas.

Antes de la invencion de los molinos de viento eran los esclavos, pobres prisioneros ó desgraciadas mujeres los que ejecutaban el penoso trabajo de mover las ruedas ó muelas, y los escritores antiguos nos demuestran lo cruel, difícil, penoso y lento que era este trabajo (1) así ejecutado. Segun Homero, doce mujeres se ocupaban en casa de Penélope en moler el grano necesario para el sustento de los habitantes de la casa. Hoy un molino montado con arreglo á los adelantos de la mecánica, que en Francia se alquila por 3.000 francos, puede moler tanto trigo como 150 hombres. Si este molino funciona, aunque no sea más que 300 dias por año, lo que cuesta cada dia son 10 francos; los 150 hombres á dos francos diarios costarian 300 por dia; luego se viene á ahorrar diariamente 290, cantidad que repartida en 36 hectólitros de trigo constituye la mitad del precio del mismo trigo. Hé aquí el efecto producido por la invencion de la sencilla máquina del molino; abaratar hasta la mitad el artículo de primera necesidad, y más necesario que para nadie para la clase obrera.

Pero hagamos otro cálculo con el ejemplo citado. Aunque Homero no dice de cuántas personas se componia la casa de Penélope, M. Chevalier (2), considerando que Ulises era rey de un pobre reino, cree acercarse á la verdad no elevando

---

(1) Muchos autores antiguos, en diferentes pasajes, nos demuestran que era mirado como excesivamente penoso el trabajo de moler. Homero, en el canto XX de la *Odissea*, pinta la desolacion de un desgraciado esclavo ocupado en esta tarea; maldice los festines, que multiplican sus penas; se lamenta de perder sus fuerzas y de llegar á ser una sombra. Cuando las guerras continuas de aquellos tiempos no proporcionaban bastantes esclavos se dedicaban á este trabajo las mujeres. Hoy la civilizacion hace lo contrario que la antigüedad, y más conforme con la justicia y el derecho, excluye á las mujeres de todo trabajo penoso y fuerte. Esta es otra ventaja de las máquinas: en los talleres y fábricas, ganan el sustento con honradez y trabajo adecuado á su sexo multitud de mujeres.

(2) *Curso de Economía política*, tomo 1.º, leccion 2.ª

este número á más de 300 personas. Considerando ahora el molino que este autor visitó, el de Saint-Maur, se encuentra con que 40 muclas servidas por sólo 20 obreros hacian 720 hectólitos de harina, con cuya cantidad se pueden alimentar 72.000 personas.

En tiempo de Ulises el trabajo de un esclavo producía sólo lo necesario á 25 personas. Hoy un obrero puede abastecer á 3.600 personas, ó sea 114 veces más que ántes: funcionando de esta manera 14 establecimientos como el de Saint-Maur, pueden moler para una poblacion de un millon de habitantes. Para llegar á moler esta cantidad ántes de la invencion de los molinos, hubieran hecho falta 40.000 esclavos. Véase aquí claramente el beneficio inmenso que ha producido esta máquina. Pero hay más; entre el obrero inteligente que sólo dirige el molino, y el trabajo miserable y de bestia que hacía el esclavo, existe una diferencia enorme en ventaja de la clase trabajadora. Y aún hay otro beneficio para esta misma clase, y es la calidad del pan que de una y otra manera se producía: la galleta negra del reino de Ítaca no admite comparacion con el blanco y sabroso pan que hoy come el obrero de ménos recursos.

Ante estas verdades hay que rendirse á la evidencia, amigo mio, y confesar con franqueza y proclamar muy alto que las máquinas reportan una gran utilidad, en particular á la clase más pobre de la sociedad, cuando producen más pronto, mejor y más barato. Pero pongamos otro ejemplo.

En algunos puntos de los Pirineos, como tambien en algunos de España, se ha conservado el primitivo modo de trabajar el hierro. Se puede calcular que con este sistema cada hombre, aplicando todas sus fuerzas, produce al dia seis kilogramos. La industria moderna construyendo los altos hornos arroja como cantidad producida 3 ó 4.000 kilogramos si se alimentan con carbon de encina, y de 10 á 18.000 si éste es de piedra; en este caso se puede calcular en 150 kilogramos el producto del trabajo de cada obrero, es decir, el que ántes producía seis kilogramos, hoy con más comodidad y ménos trabajo produce 150, ó sean 1.250 veces más, gracias á la introduccion de otra nueva máquina en la industria de la fabri-



cacion del hierro. Pero no es sólo esta ventaja: sino que, produciendo, tanto se abarata el artículo, y hoy, V. obrero, puede usar camas, palanganeros y otros objetos de hierro, cosa que ántes le hubiera sido imposible, atendida su carestía y escasez.

Pero si queremos examinar un artículo moderno, y apreciar la revolucion que en la industria en general ha operado la introduccion de nuevas máquinas, fijémonos en las manufacturas de algodón.

El algodón, cultivado en la antigüedad desde tiempo inmemorial en el Indostan, la China, Persia, Egipto y la isla de Candía, recogido despues en las costas meridionales de Francia y de nuestra España, por la facilidad de trabajarlo ha hecho que su uso sea general en todas partes del mundo.

En 1769 un barbero inglés llamado Arkwright estudió el medio de facilitar el trabajo pensando la manera de que en lugar de pasar un solo hilo, como sucedia en los husos, pasasen 20, 30 ó más á la vez, y lo consiguió llegando á montar una máquina donde por sus cilindros atravesaban, nó 20 ni 30 hilos, sino 200 y más á la vez (1).

---

(1) El arte de hilar el algodón debe decirse, en honor de la verdad, que no lo inventó sólo Arkwright; pero á su genio y perseverancia es debida su primera aplicacion á la práctica, así como su perfeccionamiento más tarde. Juan Wyat obtuvo en 1758 un privilegio de invencion para que, en union con su socio Lewis Paul, estableciese una máquina de hilar algodón. Tomás Highs hizo nuevos ensayos en 1767. A Arkwright le fué concedido privilegio en 1768, y otro en 1775, tanto por los perfeccionamientos como por la invencion de nuevas máquinas para preparar el algodón. Hacia esta época Samuel Crompton, de Boston, hizo una combinacion feliz de las invenciones de Hargreaves y de Arkwright, é imagina el *mull-Fenny*. Esta importante nueva máquina se usó hasta el año 1786. El célebre inventor Arkwright nació de humilde condicion en Preston en 1732: era el más jóven de trece hermanos, tenía un espíritu ingenioso y de inventiva notable, y sobre todo una perseverancia á toda prueba. No solamente inventó sus máquinas, sino que trabajó con una constancia grande hasta hacer desaparecer los inconvenientes que en la práctica se presentaban. Murió á los sesenta años, dejando mucha gloria y una inmensa fortuna. Jorge III de Inglaterra le concedió cartas de nobleza, que en aquel tiempo en Inglaterra era el más grande premio que se podia conceder. Si Arkwright hubiera nacido en España hubiera muerto pobre y oscurecido. Felizmente, en nuestra época se atiende y se premia más el mérito y el trabajo, aunque no tanto como merece el hombre que honra á su patria como Arkwright honró á la suya. Pueden consultarse sobre la historia de la manufactura del algodón las obras de Edward Baynes, Ricardo Gues, Cárlos Babbage y la del doctor Andreu Ure, que publicó en 1836.

La consecuencia de esta invencion fué un aumento considerable de fábricas en Inglaterra, Alemania, Bélgica, Suiza é Italia, y la extension del cultivo del algodón y la importacion á Europa fué fabulosa. En Inglaterra, en el año 1825, se importaron del Egipto 111.023 balas, advirtiendo á V. que cada bala tiene 100 kilógramos de peso.

¿Qué efecto produjo para la clase obrera este portentoso desarrollo del cultivo y la fabricacion del algodón, resultado de la invencion de la nueva máquina de Arkwright? Segun monsieur Say, ántes de la invencion se contaban en Inglaterra

5.200 hiladores de pequeñas ruedas  
y 2.700 tejedores.

Total, 7.900 obreros, miéntas que en 1787, diez años solamente despues, se contaba en el mismo país

105.000 personas ocupadas en hilar  
y 247.000 id. empleadas en tejer.

Total, 352.000 obreros ocupados, en lugar de los 7.900 que ántes de la invencion trabajaban.

Estos son hechos, amigo mio, y repito que no hay más remedio que rendirse á la evidencia. Pero sigamos. Se le ocurrirá á V. decirme: con tanto obrero se reducirian los salarios, ó no es cierta aquella regla de la oferta y la demanda de que usted me hablaba en su anterior carta. Pues vea V., amigo mio, cómo ha sucedido lo contrario de lo que V. supone. En la primera época de que ántes hemos hecho mencion una obrera ganaba 20 *sous* de Francia, que viene á ser una peseta española; en la segunda época gana ya 50 *sous*, ó sean 10 rs. Un hombre que ganaba ántes 40 *sous* de Francia, ó sean dos pesetas, puede hoy con la introduccion de las máquinas ganar cinco francos, ó sean 20 rs. Todo esto indica que las máquinas piden obreros y más obreros y siempre hay demanda de trabajadores, por cuya razon el salario sube.

Quizás oiga decir que la mano de obra en Inglaterra bajó de precio, es verdad; pero examinando atentamente las causas

no fueron éstas las máquinas, sino la masa de obreros que de Irlanda acudió á las fábricas inglesas y con su oferta de brazos bajaron los salarios.

El número de obreros ocupado en las fábricas inglesas ha aumentado desde 1787. El aumento se comprende, atendiendo al crecimiento que ha experimentado la importacion de algodón á la Gran-Bretaña. Segun datos presentados al Parlamento, desde 1786 á 1790 el término medio de libras fué de 26 millones; de 1821 á 1825 la importacion media fué de 165 millones de libras; en 1835 la importacion pasó de 361 millones; por último, en 1849 se elevó á más de 650 millones, y el algodón hilado llegó á 570 millones de libras, exportándose 150 millones para las demás naciones de Europa. ¿Qué resultado para los obreros produce este aumento? Hemos dicho que los hilados de algodón, desde 1821 á 1825, han consumido anualmente 155 millones de libras. Ahora bien; si 26 millones ocupaban 352.000 obreros, 155 millones de libras deben ocupar más de dos millones de éstos, y es de advertir que en estas ventajas no comprendemos á los vendedores ni industriales de todo género que viven tambien con el comercio del algodón. Vea V., pues, si la clase obrera en particular, y la industria en general, han ganado ó perdido con la introduccion de las máquinas de algodón.

Francia, aunque en menor escala, ha experimentado las mismas grandes ventajas con la introduccion de máquinas de hilar algodón. Say (1) calcula en 728.000 las personas ocupadas en esta industria; pero aún suponiendo la mitad, es probable que así y todo sea 20 ó 30 veces mayor el número de los trabajadores ocupados con relacion á los que ántes de las máquinas encontraban trabajo.

De España, donde por desgracia están tan atrasados los trabajos estadísticos, nada podemos decir, aunque por el número de obreros que concurren á las fábricas de Cataluña puede suponerse con fundamento que las máquinas han dado, como en los demás puntos, grandes, provechosos y útiles resultados.

---

(1) Q. B. Say, *Curso de Economía política práctica*, 1.<sup>a</sup> parte, cap. 19.

El aumento de ocupacion para la digna clase de Vds. los obreros, resultado de la invencion y perfeccionamiento de las máquinas en Inglaterra, no ha sido afortunadamente sólo para esta nacion, sino que se ha extendido hasta lejanos países. Actualmente ocupan las manufacturas de algodón mucha gente en el Brasil, Haiti, Estados-Unidos, Grecia y Egipto.

Por último, el desarrollo que, como hemos hecho notar á usted, ha experimentado la produccion, manufactura y consumo del algodón con gran ventaja de todas las clases de la sociedad, ha aumentado tambien todos los intereses del comercio en general, porque para buscar los comerciantes europeos algodón en la India, etc., etc., tenian que ofrecer en cambio otros productos, y esto constituia un estímulo para el adelanto de otras industrias. Tantos progresos, tantos adelantos, tanto bienestar para todos, tantos beneficios, todo, absolutamente todo debido al invento de una máquina y su introduccion en una industria, ¿no es verdad, amigo mio, que es necesario ser tonto ó ignorante para no comprenderlos ó negarlos, y rechazar y no admitir las nuevas máquinas que en adelante se inventen? (1)

Pongamos otro ejemplo para que Vds. se convenzan más y más de la verdad que sustento en mis afirmaciones. La imprenta (2), desconocida en el mundo antiguo, ha recibido un impulso extraordinario con la division del trabajo y los nuevos perfeccionamientos de las máquinas. Desde que Guttenberg dió á la imprenta su primer libro en 1452, hasta el dia, los progresos son increíbles.

Para publicar un libro se necesitaba un número grande de copistas, que siempre lo hacian mal y lentamente (3); hoy,

(1) Por esto dice M. Chevalier que si se reconocen los beneficios de las máquinas introducidas hasta aquí, ¿con qué derecho fundado se niegan por algunos los que pueden reportar las que se inventen de ahora en adelante?—*Curso de Economía política* en el Colegio de Francia, tomo 1.º, cap. 4.º

(2) Véase el curiosísimo trabajo de Remusat, *Journal des Savants*, Noviembre de 1818, Setiembre de 1820 y Octubre de 1821.

(3) Petrarca exclama: «¿Quién encontrará un remedio eficaz contra la ignorancia y ruindad de los copistas, que todo lo echan á perder y desordenan? No me quejo de la ortografía, perdida hace mucho tiempo... Confundiendo estas gentes los ori-

merced al influjo de las máquinas, se han multiplicado los libros, la instrucción se ha extendido: ¿y los obreros han disminuido? Nó, ciertamente; al contrario, la imprenta, desarrollando la afición á la lectura, ha hecho nacer infinidad de industrias, como el comercio de libros, ántes desconocido (1).

Si dejando estos ejemplos nos fijamos en los medios de transporte, la evidencia del progreso realizado por las máquinas es indudable.

Cuando Hernan Cortés llegó á Méjico, los trasportes se hacían á hombros, y todavía así sucede en algunos países de Europa. En donde pudo introducirse las bestias de carga, el adelanto ha sido de 30 kilogramos, que lleva bien un hombre, á 200 que lleva la caballería. Pudo hacerse caminos, y entónces los carros arrojan un progreso como cinco veces mayor con respecto á los cuadrúpedos. Si las ruedas van por un carril, el mismo caballo ó mula puede tirar ochenta ó cien veces más, ó sean 1.000 kilogramos. Llega el vapor y arrastra diez ó doce veces más peso y volúmen. En ellos pueden andarse cómodamente diez leguas por hora. Hoy atraviesan de una comarca á otra, de un país á otro una multitud de personas y familias que ántes era imposible que viajasen. ¿Y por qué? Porque gracias á las máquinas han bajado los precios extraordinariamente, poniéndolos al nivel de toda clase de fortunas.

¿Ha leído V. el *Ayer, hoy y mañana* de Flores? ¿Ha oído usted contar cómo se viajaba, no en la antigüedad, sino á principios del siglo actual? Se preparaban llevando hasta los últimos muebles y ropas de una casa, se confesaban y hacían testamento y multitud de promesas para llegar con felicidad á

ginales y las copias, despues de haber prometido una cosa cumplen otra distinta, de modo que el mismo autor no reconoce su obra; ¿créese acaso que si resucitasen Ciceron, Tito Livio y otros ilustres autores antiguos, especialmente Plinio el Joven, entenderian sus libros? Nó; los tomarian más bien, vacilando á cada paso, ya por obras ajenas, ya por escritos de los bárbaros.» *De rem. utriusque fort.*, libro 1.º, diálogo 43.

(1) Es muy notable el artículo que sobre esta materia publicó el Sr. D. Pedro Mugua en los *Anales de estadística* de 1851.

su destino. Pero hoy todo ha variado: aquellas lentas galeras han sido reemplazadas por los veloces ferro-carriles, el ruido pesado y monótono de los carros por el alegre y penetrante silbido de la locomotora, la soledad de una ó dos familias por el bullicio de miles de personas, la carestía por la baratura; en una palabra, el atraso y la ignorancia por el progreso y la civilizacion. La invencion de las máquinas de vapor, cuyas ventajas es imposible enumerar, ha favorecido el comercio, la navegacion, el crecimiento de las poblaciones, el trato, la ilustracion, el comercio, todo, en fin, lo que constituye nuestra civilizacion actual: son máquinas admirables que centuplican las fuerzas del hombre para hacer su dicha y felicidad. Y respecto de ellas hay la doble ventaja, como observa monsieur Garnier (1), que sólo se alimentan de carbon; de manera que representando la fuerza de miles de caballos y el trabajo de millones de hombres (2) no entran á la parte en el consumo de alimentos, es decir, dan las ventajas sin tener inconvenientes.

Recordará V. que en una de las anteriores cartas le decia que el pensamiento que preocupa hoy tanto á los economistas como á todos los hombres de ciencia y á los Gobiernos es el mejoramiento de la situacion de la clase á que V. pertenece. Pues bien; ningun medio es tan adecuado para este objeto como las máquinas, porque elaborando los géneros más pronto, mejor y más barato, los ponen al alcance de las fortunas medianas y pobres, porque habiendo mucha oferta y siendo el producto más barato dijimos que los precios bajan. ¿Y quién recibe en primer lugar este beneficio? La clase obrera, porque el primer efecto de la abundancia es la baratura; á mucha oferta corresponde baja del precio, y á ésta acompaña la posibilidad de que las masas trabajadoras pueden usar ó consumir esos productos, disminuir así sus sufrimientos, aumentar su bienestar material y obtener los medios de participar de la

(1) *Diccionario de Economía política*, tomo 2.º, pág. 115.

(2) El año 1846 habia en Francia 4.400 máquinas de vapor, cuyo trabajo equivalia al hecho por 100.000 de hombres:

comunidad de goces intelectuales y morales que hoy nos permite conocer la civilización en que vivimos.

La carestía de los productos es el principal obstáculo que se opone al progreso de la sociedad. Ésta tiende siempre á facilitar todos los productos hasta dárselos de valde, si posible fuera. A este ideal tiende la filantropía, la filosofía, el economista y hombre de Estado, y todos los días nos acercamos á él con las invenciones y perfeccionamientos de toda especie. En las fábricas de algodón; ejemplo ya expuesto, pudimos observar que ántes de las máquinas apénas se trabajaba lo bastante para el comercio interior. Pues bien; según cálculos casi exactos, dividiendo los productos por el número de habitantes correspondía á cada individuo inglés un decímetro de tejido, mientras que hoy con las máquinas, haciendo el mismo cálculo, y sin embargo de haber crecido la población, corresponde de 16 á 18 metros de tejido por individuo, y todavía sobran cantidades considerables de productos de algodón elaborado que Inglaterra exporta al extranjero. Hoy los precios de los vestidos son cinco veces menores que hace veinticinco años, y doce veces menores que hace cincuenta. Los vestidos, hoy cómodos y elegantes sin ser caros, se llevan por todo el mundo, ocasionando, como dice Chevalier (1), una revolución en las costumbres: una metamorfosis se ha operado en la vida doméstica.

El gusto y el hábito de la limpieza se ha hecho general; «la limpieza, como decía Wesley, predicador inglés, es más que una cualidad, es una virtud que eleva el alma, porque da al hombre el sentimiento de su dignidad» (2). En tiempo de Enrique II (3) ninguna persona tenía pañuelo de narices, limpiándose hasta los grandes señores con el brazo; hoy, gracias á las máquinas de hilar, etc., las personas de ménos recursos gastan esta prenda necesaria é indispensable para la limpieza.

(1) *Curso de Economía política* en el Colegio de Francia, tomo 1.º, sección 4.ª, páginas 81 y siguientes.

(2) M. Chevalier, obra citada, de donde tomo M. Garnier para el *Diccionario de Economía política*, tomo 2.º, páginas 115 y siguientes.

(3) Hijo de Francisco I de Francia, 1547 á 1559.

Antes no se conocian las camisas, usándolas hoy todo género de personas. Antes no se leía; hoy el obrero, si sabe leer, compra periódicos, se entera de la política y hasta puede comprar, y hará muy bien, libros modestos como el presente que, sin ningún género de pretensiones, sólo aspira á ilustrar á la clase trabajadora, aunque no tanto como quisiera su autor, por no permitirsele sus escasas dotes. Hoy, gracias á estos progresos de la imprenta, puede tambien ilustrarse fácilmente sobre motivos de su arte ú oficio. . . . .

Con la facilidad que las máquinas nos proporcionan en los trasportes todos viajamos, conocemos otros países de donde podemos tomar alguna buena costumbre, aprendemos y nos instruimos con relacion á nuestra profesion ú oficio, se ensancha el comercio y sus conocimientos; en fin, crece mucho el nivel intelectual de los pueblos. Por eso observará V. que los pueblos más apartados en caminos, ya ordinarios ó de hierro, de canales, rios, puertos, etc., son los más atrasados moral é intelectualmente, y por el contrario, los habitantes de puertos, ó que tienen «caminos que andan,» como Pascal llamaba á los canales ú otros medios de comunicacion, son más ilustrados, floreciente su industria, comercio é instruccion. Vea usted cómo insensiblemente se aumentan las ventajas económicas de las máquinas.

Si fuéramos enumerando uno por uno los beneficios que cada industria particular ha reportado de la introduccion de las máquinas, no acabaríamos nunca, haciéndose larga y pesada la tarea. Repase V. en su imaginacion las máquinas agrícolas, las de papel, las de coser, las de fabricar paños y otras mil, y acabará V. de convencerse de su utilidad é importancia para todas las clases de la sociedad, así como del impulso que han dado al progreso y adelantamiento de todas las industrias.



Para concluir, repetiremos con Block: « Los que no quieren el progreso de la industria por medio de las máquinas, pueden llamarse los vándalos de la industria » (1).

Soy de V. afectísimo amigo Q. B. S. M. (2)

ULPIANO GONZALEZ DE OLAÑETA,  
Vizconde de los Antrines.

---

### EL CONDE DE MONTALEMBERT Y EL PADRE JACINTO.

---

Nadie en el campo católico, ni aún los adversarios más encarnizados que tenía el conde de Montalembert, han pretendido nunca establecer punto de comparacion entre su conducta y la del desgraciado apóstata, cuya ruidosa y aflictiva defeccion tanto escándalo ha causado en la Iglesia y en la misma descreida Europa; pero no faltaron quiénes, recordando el estado de excitacion en que se hallaba el espíritu apasionado y vehemente del ilustre orador católico en los días que precedieron al concilio, y aún algunas frases imprudentes y poco meditadas deslizadas en sus escritos ó escapadas de sus labios en aquellas circunstancias, supusieran, sin fundamento alguno para ello, que el conde de Montalembert estaba resuelto á llevar su oposicion á las doctrinas y tendencias que creía funestas, hasta el punto de no querer someter sus opiniones á las decisiones de la Iglesia, cuando ésta hubiese pronunciado sus fallos, y á ser un viejo católico como Doelinger ó el padre Jacinto, si la muerte no hubiera venido á atajar á tiempo sus pasos.

Era preciso para esto olvidar toda la vida de Montalembert, la nobleza y sinceridad de su alma y de su fe, que nunca pusieron en duda sus enemigos, las grandes pruebas que en ocasiones solemnes habia dado de sumision y respeto al que elocuentemente llamaba «el único poder ante el cual se eleva el hombre al inclinarse.»

El padre Jacinto, al que más propiamente llamaremos por su apellido M. Loysson, ha creído sin embargo, que tenía en sus manos las

---

(1) *Diccionario general de la política*, tomo 2.º, pág. 237.

(2) Téngase presente la nota de la pág. 76, *Carta primera*.

pruebas de que el conde de Montalembert era de los suyos, y con una ceguedad incomprensible, y olvidando todo lo que había pasado entre él y el ilustre autor de *Los Monjes de Occidente*, se ha decidido, como saben nuestros lectores, á publicar fragmentos de un escrito que, como á otros amigos y escritores católicos, le había remitido en consulta ántes de su pública defeccion, el conde de Montalembert.

La familia y testamentarios del conde han reclamado ante los tribunales franceses contra este abuso de confianza; y de la causa ha resultado que Montalembert, que había nombrado su testamentario al padre Jacinto ántes de su apostasia, y le había legado un recuerdo piadoso, el rosario del padre Lacordaire, apénas el desgraciado carmelita consumó su defeccion, por una disposicion expresa, consignada en codicilo, borró y substituyó el nombre del padre Jacinto y anuló el legado piadoso que le dejaba, nombrando únicos y absolutos jueces de lo que debiera ó nó publicarse á su muerte, á su familia y á sus testamentarios; y como si esto no fuera bastante, se dió lectura por primera vez en el tribunal de una carta dirigida por el conde de Montalembert al padre Jacinto en los momentos mismos en que éste se disponia á prestar públicamente en Suiza su concurso al cisma de los viejos católicos.

Nuestros lectores verán con gusto este noble, cristiano y elocuentísimo documento, que viene á hacer evidente á los ojos de todos el abismo que media entre el ilustre campeón de la Iglesia católica en el siglo XIX y el desgraciado apóstata que, despues de haber brillado por un momento entre los príncipes de la elocuencia sagrada, ha venido á seguir tan tristemente las huellas de Lutero:

«LA ROCHE-EN-BRENY, 23 de Setiembre de 1869.—«Mi pobre querido amigo: Han pasado ocho dias desde el terrible golpe que me habeis causado, publicando vuestra carta en el *Temps*, y no he salido todavía del estupor que me produjo. ¿Por qué habré estado yo condenado á asistir dos veces en mi larga vida, y de tan cerca, á catástrofes como la de M. Lamennais y la vuestra? La de aquél por lo ménos se hizo esperar tres años, y durante todo este tiempo, he hecho todos los esfuerzos que permitia mi juventud y mi debilidad para evitar el golpe. ¡Pero vos, mi pobre amigo, vos me habeis aterrado! ¿Cómo habeis podido despreciar hasta este extremo mis consejos, mis advertencias, mis súplicas? Os he amado con la ternura de un viejo y de un moribundo hácia el hijo querido de mi alma. Os he prodigado toda la luz que podia por este afecto, por las numerosas y profundas simpatías que nos unian, y tambien por una larga y ruda experiencia de las luchas de aquí abajo.

»¡Habeis tomado ese espantoso partido, que apenas me habíais dejado entrever, no solamente sin consultarme, sino que tambien sin dignaros discutir conmigo los términos de una despedida injuriosa y calumniosa, que acabais de dar á la Iglesia y á vuestros hermanos y más queridos amigos!

»Habeis despreciado, más que mi amistad, el gran ejemplo del padre Lacordaire, que tantas veces os he citado, que ha hallado en su larga vida cruces mucho más pesadas, cálices mucho más amargos que los vuestros, y cuyo recuerdo surge en todas las memorias y en todos los labios por esta tempestad, que tan locamente acabais de suscitar.

»Si hubiéseis sabido limitaros á los cinco primeros renglones de vuestra carta, hubiéseis crecido cien codos á los ojos del público, permaneciendo irreprochable ante todos vuestros amigos, que quieren permanecer católicos. Pero todo lo siguiente, todo es inexcusable.

»No habeis sido perseguido, como pudiera creerse al oiros, por el fariseismo que mil veces habeis detestado y denunciado con razon; nadie ha sufrido ménos que vos, puesto que nadie ha impedido que hayais adquirido ántes de los cuarenta años una autoridad y un renombre sin ejemplo en la Iglesia de Francia. Vuestros mismos superiores os habian tratado hasta aquí con singular indulgencia dejándoos una casi completa libertad. Lo que precisamente faltaba á vuestra gloria, era la persecucion y las adversidades en que el génio del Lacordaire supo encontrar su temple sobrenatural.

»Teneis tambien razon en señalar la guerra declarada por la escuela dominante á la sociedad moderna y á la naturaleza humana; pero ningun cristiano comprenderá que hayais hecho responsable de ello al catolicismo, y que un sacerdote, hablando de la manera con que la religion es hace tiempo comprendida y practicada, no haya encontrado una palabra de justicia y de verdad en pro de estas maravillas de caridad, castidad, humildad y abnegacion que la Iglesia produce diariamente con una fecundidad sin ejemplo en la historia.

»Apelais al concilio, y no lo esperais, cuando solamente dos meses os separan de su reunion.

»Pero le acusais de antemano y le declarais sospechoso, y con una iniquidad bien patente le imputais no ser libre en su preparacion en el momento mismo en que los obispos alemanes acaban de manifestar á la vez su soberana independenciam y su resolucioen en no admitir ningun decreto incompatible con la civilizacioen y con la ciencia,

con la justa libertad de los pueblos y las necesidades de los tiempos modernos; en el mismo momento en que mil síntomas diversos demuestran que lo que todo lo ha detenido hasta el presente, no es la presión de arriba, sino la molice y la diplomacia lastimosa de aquéllos que tienen el derecho y el deber de obrar y de hablar, que iban á levantarse por fin, y á los que vuestra caída va á sumir de nuevo en la inacción y en la postración, en que vos, pobre amigo, sereis ante Dios y ante los hombres responsable.

»Pero la mayor reconvención que tengo que dirigiros es la de haber hecho traición á vuestros amigos, á vuestros hermanos de armas, procurando un triunfo manifiesto á las delaciones y previsiones insultantes de los enemigos. He visto durante quince años el nombre de Lamennais servir de pantalla explotada por todos los espíritus mezquinos, serviles y recelosos. Si tuviese la desgracia de vivir quince años más, tendría también que oír á cada paso oponer vuestro nombre á todo sacerdote y cristiano en quienes se viese brillar un átomo de inteligencia y de generosidad.

»Al hacer traición á vuestros amigos, la haceis también á nuestra causa, que os habíamos confiado nosotros campeones jóvenes y viejos de esta libertad verdadera, que es la ley propia del cristiano. Habeis obrado, en fin, como obraría M. Thiers si tratase de abandonar el terreno legal y constitucional donde ha obtenido tantas victorias, tan impensadas como fecundas, para hacer una barricada en el *faubourg* San Antonio.

»¡Ay, amigo mio, qué terrible será vuestro castigo! Perdiendo toda autoridad sobre el verdadero público, habeis perdido los medios de servir la libertad, la justicia, la verdad, que hasta ahora habeis defendido tan noblemente, que tanto habeis amado y quizá amais aún en el fondo de vuestro corazón.

»De todas las penas que podría sentir ántes de mi muerte, ninguna sería superior ni aún igualaría á la cruel amargura que me daríais viéndoos seguir la vía fatal en que habeis entrado, y salir miserablemente de esta Iglesia, que vos habeis hecho servir para libertarla y honrarla mejor que todos vuestros contemporáneos. Creo haberos dicho bastante: demasiado para mis fuerzas y para vuestra paciencia.»

Recibid mi triste, pero invencible afecto.—Ch. de Montalembert.

(*La España.*—*Hoja literaria* del 10 de Marzo de 1877.)

## SECCION HISTÓRICA.

---

### LA CAPILLA DE SAINT-MAURICE.

---

Los periódicos franceses han dado cuenta de la inauguración de una nueva capilla católica en estos interesantes términos:

«El jueves 4 de Octubre de 1877, á las ocho de la mañana, una gran solemnidad religiosa ponía en conmoción la aldea de Saint-Maurice, cerca de la Rochela. El señor obispo de la diócesis, ansioso de responder al piadoso deseo del general Dumont, iba á consagrar el altar de una preciosa capilla romana.

»De la ciudad y de los alrededores habian venido en gran número personas de distinción á asociarse á la alegría del general fundador y á aumentar con su presencia el brillo de la ceremonia. Entre los invitados estaban un general, varios jefes militares, altos funcionarios del departamento y títulos antiguos y modernos. Cerca del altar, al lado del Prelado, veíanse al Vicario general, á uno de los canónigos maestro de ceremonias, al digno cura párroco y á otros varios sacerdotes.

»Después de la dedicación del altar, el general Dumont, volviéndose hácia el Prelado oficiante, le dirigió el discurso siguiente:

«Monseñor:

»En mi larga carrera he visto caer junto á mí jefes, compañeros y soldados; y si todavía vivo, á Dios se lo debo.

»He querido en mis últimos días levantar en esta aldea, barto alejada de su iglesia parroquial, una capilla donde los ancianos y los enfermos puedan, sin gran fatiga, venir á rezar. Al consagrar este altar, acabais de poner mi pequeña iglesia bajo la protección del patron de la aldea, San Mauricio, guerrero y mártir.

»Acabais de bendecir igualmente este mármol, sobre el cual, con el consentimiento de sus parientes, he hecho grabar los nombres de los oficiales, sargentos, cabos y soldados de los cantones de la

Rochela y de la isla de Ré, muertos en el campo de batalla durante nuestra última y desastrosa guerra.

» Sí, Monseñor: habeis bendecido esos nombres con toda la efusion de vuestro religioso patriotismo; porque el soldado que con los ojos vueltos hácia el cielo combate y muere por su país, es un mártir de la fe y del honor.

» Os doy gracias, Monseñor, por haber querido honrar con vuestra presencia esta ceremonia religiosa y militar á la vez. Tambien debo manifestar mi gratitud al Consejo municipal de Laleu, así como á las personas de San Mauricio y de la Rochela, que tan generosamente han contribuido á sufragar los gastos de la ornamentacion de esta capilla. Y no olvido en mi reconocimiento á su hábil arquitecto y á los artistas y obreros que le han ayudado.»

» Con voz conmovida contestó el Prelado en los siguientes terminos á las frases del general:

« Mi general:

» El elegante monumento para el cual habeis solicitado hoy las oraciones y bendiciones de la Iglesia es un dón de vuestra fe y de vuestra caridad.

» Habeis querido dar gracias á Dios, que, al protegeros en medio de tantos peligros, os ha conservado en este mundo, para haceros llevar con valentía el peso de los años, y para que defendais siempre, con el ardor del jóven y la conviccion del anciano, la verdad y la justicia, el honor y el deber.

» Pero hay algo más alto que el deber; este algo es la abnegacion. Tal es, mi general, la consigna que las almas escogidas reciben de la Providencia; la abnegacion en el servicio de vuestras dos patrias, la Francia y la Iglesia, á las cuales siempre habeis permanecido fiel.

» ¡Con qué generoso ardor habeis seguido la bandera de Francia en África, en Crimea y en Italia! ¡Qué alegría experimentarais, cuando, despues de una gloriosa jornada, se os aparecía esa bandera flotando sola sobre el teatro de la accion, viendo alejarse á los vencidos enemigos! Y en la hora de las grandes catástrofes, ¿cuáles no fueron las angustias de vuestro patriotismo? Pero vos habeis sido del número de los valientes que, con el heroismo de su abnegacion, han consolado en su duelo á la patria, alumbrando sus desastres con un rayo de gloria.

» Como Francia, la Iglesia agradecida os honra y os ama. Se acuerda de que durante cuatro años, mandando en jefe el cuerpo expedicionario que ántes de nuestras desgracias formaba en derre-

dor del Papado una guardia de honor y de piedad filial, no habeis cesado un solo instante de prodigar al Vicario de Cristo abundantes testimonios de un respeto realzado por la afeccion.

»Nuestro grande y bondadoso Pío IX os bendice desde el fondo de su corazon, y más de una vez ha expresado el sentimiento de no haber vuelto á veros, complaciéndose en repetir vuestro nombre como el de uno de sus hijos más amados.

»Estos recuerdos, mi general, embellecen los últimos años de vuestra vida; y bajo la inspiracion de un corazon, que en la fecunda calma del retiro se ha hecho todavía más católico y más francés que ántes, habeis ofrecido á Jesucristo una nueva mansion; le habeis suplicado que venga, despues de un siglo de destierro, á habitar en este rincon, cerca de los que tanta necesidad tienen de ser consolados, cerca de los enfermos y de los ancianos; y para que el huésped divino reciba una acogida más digna, hábiles artistas han rivalizado en talento y en gusto: manos delicadas é ingeniosas han prestado su concurso; vos mismo habeis preparado esta fiesta con el solícito esmero que se reserva á un amigo largo tiempo ausente.

»En nombre de ese huésped, que no es de la tierra, sino del cielo; en nombre de Jesucristo, vuestro antiguo amigo, yo os felicito y os doy las gracias. Con alegría acepta vuestra cordial hospitalidad. De hoy en adelante esta es su casa, y porque esta casa ha sido levantada para él por la mano de un soldado, la he confiado especialmente á la proteccion de San Mauricio. El nombre de este héroe cristiano inscrito en el frontispicio de la iglesia, los otros nombres piadosamente grabados sobre el mármol, los trofeos militares que decoran la entrada, todo recordará que despues del sacrificio del mártir que da su sangre por Dios, la muerte más gloriosa es la del soldado, que, volviendo al cielo la mirada, se inmola por su país.»



## LA MONEDA EN LO ANTIGUO.

En la Academia de Ciencias morales y políticas de París se han estado dando conferencias eruditas sobre «La circulacion metálica ántes de la invencion de la moneda.» Dichas conferencias hacen parte de una Memoria escrita por Mr. Denormand, que tiene el mé-

rito de tratar un asunto, árido por sí, en estilo popular é interesante.

Sábase que la moneda ha sido una invencion comparativamente reciente de la raza humana, y que la práctica de cambiar ó baratar existía mucho ántes entre todas las sociedades. La historia familiar de la compra de un campo y una cueva por Abraham para enterrar á su familia, proporciona el primer ejemplo, quizás, del modo cómo se llevaban á cabo esos negocios, y el peso y entrega de las piezas de plata que desempeñó el Patriarca, se describe poco más ó ménos cual pudiera describirse una transaccion monetaria ejecutada despues en Roma.

Es óbvio que los metales preciosos se usaron en muy remota antigüedad como medio ó signo de cambio; pero es igualmente cierto que se daban y recibían en masa, y no en la forma de moneda acuñada, y que el único medio de calcular su valor era pesarlos en la escala, despues de probar su pureza por medio de la piedra de toque. Demuestra no ya solamente Mr. Denormand que esta práctica prevaleció en los primeros tiempos de que hay noticia en los más remotos de Egipto y Asiria, sino que da una relacion bastante razonable de los pesos y medidas empleados para calcular el precio de las cosas.

En el primero de los países aquí nombrados la principal unidad de los valores parece haber sido el *onten* de cobre, que pesaba unas cuatro onzas, y el *kati*, la décima parte de la misma. Pero había de esas monedas tanto de oro y de plata como de cobre, aunque fué esta última, como todo el mundo sabe, la que más abundaba en Egipto, á causa de su cercanía á las minas de Siria.

Sin embargo, si bien éstas eran las unidades universales de cambio, sería absurdo suponer que había en uso general trozos ó piezas de metal correspondientes exactamente á los varios pesos. La costumbre era en cada transaccion amontonar en el plato de la escala las sortijas y dijes de todas clases. Conforme á esta teoría se observará que cuando los israelitas tomaron en préstamo ornamentos de plata y oro de los egipcios, no fué sólo tomar en préstamo propiedades que podían realizarse, sino lo que más se aproximaba en ese tiempo á la moneda acuñada de nuestros días.

Por lo que toca á los nombres de las diferentes monedas de la edad moderna, diremos que el *dollar* americano se deriva del alemán *thaler*, ó *daler*, como dicen en España. Se dice que los primeros *thalers* los acuñaron en Joachimsthal, en Bohemia.

La misma denominacion se usa en Suecia, Dinamarca y otras



partes del Norte de Europa, donde la unidad de la moneda corriente es el *rixdal* ó peso real. Ahora, por lo que hace al signo ó abreviación de *pesos fuertes*, las autoridades en el asunto están divididas sobre su origen. Pero convienen generalmente que dicho signo se escribía con la S sobre la U (es decir, Estados-Unidos); y que para abreviar y andar de prisa se acudió al arbitrio de cambiar la U en dos palos que atravesaban la S diagonalmente. Y así ha permanecido como el signo aceptado de pesos ó dollars.

El *mill*, *cent* y *dime* americanos, el céntimo y décimo francés, el centésimo italiano, el centavo de los sur-americanos, son términos que se derivan del latín, y denotan la milésima, la centésima y la décima parte de la unidad monetaria corriente.

Cuando las ciudades italianas se hallaban en el apogeo de su poder y fuerza, á mediados del siglo xvi, su moneda acuñada naturalmente se extendió por todo el mundo, y dió su nombre á las de otros muchos países. Así, el renombrado florin de Florencia, en italiano *florino*, por una flor de lirio que tenía grabada, la adoptaron los franceses y los ingleses; y áun los alemanes denominaron así su *gulden*, que significa *oro*. El sequin veneciano, que los italianos llaman *zechino*, de la palabra *zocco*, la adoptaron casi todos los países orientales, con los cuales los mercaderes de Venecia traficaban.

El ducado milanés lo llevaron á Francia y Nápoles los ejércitos de esos países cuando recorrieron el Milanesado. El carlino napolitano es una moneda pequeña que lleva grabada la cabeza de Carlos. El escudo romano deriva su nombre de esa figura grabada en una de sus caras, que los franceses dicen *écu*.

Otra moneda italiana que tambien circuló por toda Europa fué el *grosso* romano, que en inglés dicen *groat*, en francés *gross*, en brevés *grote*, y que todavía se conserva en Prusia y Sajonia como *groat* pequeño ó *groschen*.

El francés *sou* procede evidentemente del italiano *soldo*, pieza con que uno puede vender ó pagar sus deudas. Las ciudades anseáticas tambien proveyeron nombres de monedas, por ejemplo, el *mark*, llamado así del *marco* del gobierno, que era de buen peso. El *schelling* de Hamburgo lo adoptaron en Inglaterra bajo el nombre de *shilling*, que dicen *chelin* en español. Asimismo le adoptaron Dinamarca y Suecia, donde le llaman *skelling*. Muchas monedas acuñadas derivan su nombre de las marcas ó figuras que tienen grabada en el reverso, y lo conservan aunque éstas desaparezcan.

Tal es la razon por qué una moneda que tiene una corona en el

reverso se llamó *écu* en Francia y *corona* en Inglaterra. La que tenía una cruz se llamó *kreutzer* en alemán, que significa lo mismo, aunque en la moneda del día no se ve aquella figura.

El *pound* inglés, originalmente fué una pound ó libra de dinero, aunque gradualmente se redujo á su presente forma, y le llamaron *soberano* por la cabeza del reinante que se le puso en el anverso. Durante el reinado de Luis XVI habia en Francia una moneda llamada *livre* (libra), que adoptó la república como unidad de la corriente, cambiando el nombre en *franc*, franco, que aún conserva. Cuando el reino de Italia, y más recientemente los Estados del Papa, adoptaron el sistema francés, conservaron los antiguos nombres de *livre*, é hicieron esa la unidad de su moneda efectiva; de manera que el franco de Francia y la libra de Italia tienen exactamente el mismo valor.

El *Napoleon* ó *Luis* no es sino un nombre convencional dado por los franceses á la pieza de veinte francos de oro, del mismo modo que los americanos llaman una *águila* á una de oro de diez pesos ó *dollars*, y los prusianos *Federico* á la suya de igual valor. La *guinea* de Inglaterra se llamó así por el mero hecho de haber sido batida con oro que se trajo de la costa de África, en el golfo de ese nombre. El *farthing* inglés se llama así para significar que es la cuarta parte de un *penique*, del propio modo que se dice *cuarto* á una calderilla española que representa la cuarta parte de un real. Los nombres de las monedas corrientes en las repúblicas sur-americanas se derivan en su mayor parte del español y del portugués, aunque los peruanos tienen un *Sol*, los bolivianos un *Bolivar*, los brasileños el *patacon*. El *peso* viene de *pesar*; el *rei* es real, y el centavo, cuya derivación es bien clara.

(De *El Espejo* de New-York.)

## APUNTES PARA LA HISTORIA DE CARTAGENA (1).

(Núm. 38. —13 de Setiembre de 1872.)

### DECLARACION.

Sepa Cartagena, sepa España, sepa la Europa, sepa el mundo todo que los maestros que se han quedado en este Departamento, lo han hecho en cumplimiento de órdenes superiores; no por imposición amenazadora de nuestras autoridades; no por una idea venal ó de vergonzosa mercadería; no para robar y saquear los talleres del Departamento, como equivocada y calumniosamente se ha supuesto por gentes poco ó nada escrupulosas y altamente interesadas en desacreditar nuestro glorioso alzamiento, sino en virtud de un deber sagrado é ineludible.

Los indignos, los miserables son aquellos que, consultando más la cuestión de estómago que la de su propia dignidad y decoro, abandonaron premeditada y villanamente su puesto de honor, desertaron de sus respectivos talleres, no ya para ponerse del lado de un gobierno perjuro, desleal y traidor, sino con el pérfido y menguado propósito de suscitar obstáculos ó embarazosos entorpecimientos á la marcha de las nuevas autoridades departamentales, ya que no para verter un cúmulo de groseras calumnias y de mentidas y gratuitas suposiciones, contra los dignísimos ciudadanos á quienes sobra pundonor y honra para reflejarla sobre la debilitada conciencia de sus torpes é imprudentes detractores.

¿Y aún tienen valor esos buenos caballeros para apellidarnos ladrones? ¿Y aún insisten en su no muy envidiable afán de evidenciarlos ante los ojos de la pública opinion?

¡Insensatos! Los malversadores, los ladrones, en una palabra, no son ciertamente los dignísimos funcionarios que se quedaron, no al lado de las nuevas autoridades, y sí al pié de sus respectivos talleres, para responder en su día, ora sea al gobierno cantonal, ora al

---

(1) Véanse los números anteriores.

centralista, de las cuantiosas sumas que se hallan bajo su inmediata vigilancia; sino que fugándose en las sombras de la noche, los que ausentándose de la ciudad cual agitados y temblorosos bandidos, á quienes su conciencia les echa en cara una mala accion, arrastraron trás sí y contra la expresa y terminante voluntad de sus dueños, las cantidades de metálico existentes en la caja del Departamento y con destino al pago de la mensualidad que se le adeudaba á la maestranza, y con destino á cubrir las sagradas obligaciones de las tripulaciones de nuestras fragatas de guerra y de la marinería del depósito.

Pena en verdad nos causa tener que descender á estos detalles; pero puesto que se nos deprime, puesto que se nos vilipendia, puesto que se nos insulta y calumnia, permitido nos ha de ser volver por nuestra dignidad hollada, por nuestra honra escarnecida y por nuestro honor vilipendiado.

Pero la responsabilidad, en último caso, no será en verdad de quien á pesar de haber sido víctima de una traicion alevosa y ruin, hubo de encerrarse empero en un prudente pero elocuentísimo mutismo, sino de los que habiendo obrado cual nunca obran cuantos sienten latir en su pecho un corazon de hombre, sembraron por do quier la impostura, la mentira y la calumnia.

Y todos cuantos conozcan de cerca al inteligente cuanto honrado y dignísimo maestro de arboladura ciudadano Antonio Roca; todos cuantos hayan podido apreciar de cerca la probidad y elevacion de miras del ciudadano Rafael Fernandez; todos cuantos se hallan honrados con la amistad del ciudadano Martín Monerri; todos, en fin, los que tengan un exacto conocimiento del recto proceder del ciudadano Joaquin Rivera, del ciudadano Francisco Meca, podrán decir puesta la mano sobre su conciencia: si no es una vergüenza, si no es una indigna y villana cobardía, que tales hombres sean tratados ni más ni ménos que como ladrones, cogidos en *in fraganti* delito con las manos manchadas en la sangre, con las manos metidas en el crimen.

¡Ah! y cuán ciegos, cuán insensatos, cuán dementes, cuán pequeños y cuán ruines y despreciables hace á los hombres el terrible despertar de un estómago vacío ó la sombría y aterradora perspectiva de verse alejados ó privados de la dulzura del presupuesto!

¿Y qué calificativo no merece la conducta de todos esos maestros, de todos esos funcionarios del Departamento, que despues de haberse ofrecido incondicionalmente á las nuevas autoridades del mismo; que despues de mil mentidas protestas de adhesion al nuevo

orden de cosas, se ocultan y desaparecen, sin que precediera como era de rigurosa equidad la entrega de cuantos objetos se hallaban confiados á su custodia?

¿Tanto les apremiaban desde Madrid, que no pudieron cumplir con esta formalidad reglamentaria ú ordenancista? ¿No comprendieron todos esos maestros la inmensa trascendencia que tan anómalo como inesplicable proceder envolvía para en un dia nada lejano?

¿Creyeron acaso que con su precipitada y vergonzosa fuga iban á neutralizar ó á destruir el objeto ó la causa fundamental de su recatada y misteriosa vida? Pues se equivocaron grandemente.

La voz del pueblo, semejante á la voz de Dios, ha lanzado ya sobre vosotros, cobardes, desertores, su justa é inapelable sentencia. Ahora solo falta cumplimentarla.— *Estéban Nicolás Eduarte.*

Una reserva fácil de comprender nos impide ocuparnos de los planes de ataque y de defensa, así como de ciertas operaciones militares que preocupan, como es natural, el ánimo de todos los que se encuentran en esta plaza.

Esto, al publicarlo nosotros, es perjudicial al éxito de las operaciones y proyectos del general en jefe, y sólo de provecho para nuestros enemigos, quienes sabiendo el peligro, ya procurarían esquivarlo.

Por eso no publicamos hoy cuanto extra-oficialmente pudiéramos saber, aguardando que por el conducto debido se nos comunique el parte oficial de las operaciones tanto terrestres como marítimas.

Tenemos á la vista una carta de la Palma, en la que se nos demuestra de un modo palpable el espíritu anti-republicano que anima á gran parte de la fuerza de Martínez Campos.

Si exceptuamos al infeliz soldado forzoso, ese esclavo de la ordenanza que sólo aspira á ver concluido el tiempo de su servicio, la oficialidad y los cuerpos especiales son todos alfonsinos de pura raza, y enemigos declarados de toda idea de democracia y de federación.

El gobierno de Madrid al solo hecho de llamarse republicano, no debiera tolerar estas cosas; pero ¿qué entienden ellos de consideraciones de cierta índole?

Lo que ellos quieren es conservar su sitio en el festín del presupuesto, y si la libertad y la federación se pierden, Dios proveerá.

¡Qué país y qué gobernantes!

El número de este periódico correspondiente al 8 del presente mes, en vez de poner en un suelto *Pbro. Ciudadano Mariano Durá*, se puso *Duesbitero Durá*.

Rectificamos gustosos este error de imprenta.

---

Es mucha la concurrencia y animacion que se nota estos días en Cartagena, lo que demuestra la mucha gente que va regresando á sus hogares, en vista de que con más seguridad se encuentran en sus casas que no en el campo, expuestos á la rapiña y á los atropellos continuos de las tropas de Martínez Campos.

---

Si las personas que regresan á esta plaza cuidaran de acompañar consigo algunos sacos de harina y demás artículos de primera necesidad, no habria que tomar ciertas medidas de precaucion en las puertas, que á todos son por demás enojosas.

Son muchos los que vienen tan solo á consumir raciones, y en una plaza sitiada esto no se puede tolerar.

---

Esta mañana ha entrado en este puerto el vapor de guerra *Fernando el Católico*, de vuelta de su expedicion.

---

El castillo de Atalaya ha recibido orden de romper esta tarde el fuego contra la batería de morteros establecida en Santa Ana por los centralistas.

(Se continuará.)

---

## SECCION LITERARIA.

## LA MANTILLA.

Me paseaba por la Ronda con Buenaventura, que se habia dado al mundo despues de concluir sus estudios, hechos con todas las potencias y sentidos, casi en clausura, cuando acertó á pasar una moza de aspecto entre casada, viuda y soltera, de ademan decidido y paso tan resuelto, que con el aire la mantilla de blonda se le retiraba, como si se apartase de un rostro cuya enérgica hermosura parecia demasiado natural para lucir empapelada en tules, despegados de los hombres y cintura.

— Mira, mira eso, me dijo Buenaventura tocándome el codo, lo cual me sorprendió.

— Pues hubiera jurado que no te gustaban las mantillas.

— ¿Por qué, no he nacido en España?

— Pero como eres tan aficionado á la filosofia alemana...

— Adios, Manuela, dijo uno á la arrogante moza en el momento en que entraba en un parador.

Y como hubiese á la puerta una jítana, Buenaventura, bajo pretexto de pararse en donde habia entrado Manuela, tendió la mano á la adivina para que le dijese la buena ventura.

— Señorito, esa M que tiene V. tan marcada en la palma de la mano está diciendo que el destino de V. es una mantilla; con que no se ande á caza de sombreritos, que no guardan del sol ni de malos pensamientos.

Pero Manuela habia desaparecido de aquella casa con dos puertas, dejándonos la esperanza de la profecia en que casi creyó mi compañero, por lo que le agradaba la mantilla á su corazon español; era tan amante de la patria, que se habia consagrado á traerle para su felicidad los últimos adelantos de la razon y de las pasiones, tra-

ducidas á la lengua de Castilla ó arreglados á la escena española, sin alterar punto ni régimen.

En cuanto á su afición á la mantilla, le alabo el gusto; pues, como los racimos en medio de los pámpanos, brillan entre los tules y blondas, su hojarasca natural, los rostros de nuestras muchachas, fruto lozano de una tierra y de un sol que maduran los dátiles.

Nadie puede negar que nuestras mujeres están muy guapas en mantillas; por eso cuando veo á una con sombrerito me parece que no ha de saber decir más que *papá y mamá*, y tomo las de Villadiego; pero figúrense ustedes unos ojos rebeldes mal sujetos bajo red de tul, una delgada nariz con gualdrapa de encaje, y una sonrisa con guarnición de blonda; y, por consecuencia, imaginen ustedes lo que no se ve de aquel rostro espejo del corazón que casi baila. Los que suponen que la mantilla cubre muchos encantos, han de saber que de la cara sólo ha de verse la mala intención, y lo sobra es demasiada cara.

En este país de capas, de alamares, de flecos, todo movable y temblon, al menor soplo de viento, al golpe de las palpitaciones y al hipo de la risa, las mantillas de las mujeres forman parte de las facciones, según lo que ayudan á la expresión del semblante los pliegues amontonados, deshechos, ceñidos, tirantes, en abandono; el velo recogido ó retirado de las mejillas en flor.

Sujeto por broche, con una rosa natural, lozana como si tuviese raíces en la fresca sien, la mantilla, agitada por el aire mágico del abanico, hinchándose y deprimiéndose, respira y habla; y en castellano, la única lengua que se puede hablar por los ojos y por los codos, verdadero idioma de los saca-muelas, con el cual distraen del dolor de la quijada y del bolsillo.

Pensando en esto comprendía todo el disgusto de Buenaventura, á quien, poniéndose coloradita y bajando los ojos, había dicho Esperanza con una ingenuidad encantadora que no le quería sin manifestarle, por más que se lo suplicó, la causa de su desden á un galán de tantas prendas brillantes.

Como yo me había propuesto averiguar el motivo oculto, y hasta reñir á la niña, aproveché la primera ocasión.

Era de mañana temprano cuando la encontré con una tía sorda como una tapia, y parándome con ceño, la miré, y no pude reñirla porque tengo buen corazón.

— Adios, Esperanza; estás preciosa con esa mantilla mal puesta, y tu madre hace muy bien en no enseñarte, pues ese pico negro



que te cae sobre la ceja parece que tapa tus pecadillos. No te rias: tus labios juntos, tus ojazos serenos, entre las solemnes blondas y piadoso luto, forman la única gravedad que me ha gustado en este valle de lágrimas. Desenreda esos dedos bulliciosos, y no escondas el rosario, que casa muy bien con la mantilla; pero ¿adónde vas á estas horas?

— A confesarme.

— Pues confiéstate de las mentiras que dice tu seriedad, y de que te distraes en misa, y de que bostezas rezando, y de tu crueldad con Buenaventura. ¿Quieres decirme por qué le has dado calabazas?

— No, señor; echaria á perder el exámen de conciencia.

— ¡Bendito sea Dios! Vales tanto, Esperanza, que no puedo separarme de tí sin hacerte un sermón, escucha: las niñas bien educadas han de consultar á su madre sobre el novio que les conviene;... pero los piés se te van solos, y bulle la impaciencia en tu entrecejo; así fueron tus abuelas, y así estás encantadora: nada más soso que un niño bueno; Esperanza, que seas mala.

— Si lo soy.

— Creo que has hecho muy bien en no querer á Buenaventura.

— ¿Lo ve V.?

— Una jóven como tú no ha de tener por rival ni á la sabiduría.

— Que V. lo pase bien.

— Anda con Dios, hija.

Y cuando estuvieron á algunos pasos, oí que la sorda le preguntó:

— ¿De qué te hablaba ese?

— Me decia que llevo la mantilla mal puesta.

— No le creas.

Y Esperanza se volvió á mirarme con una cara que no merecia absolucion.

No pude aclarar á Buenaventura las causas del desvío de Esperanza; pero le dije por consuelo:

— En el mundo hay más de una Esperanza, y ésta es demasiado niña para tí; lo que tú necesitas es una mujer que te comprenda.

— Una mujer que me comprenda; tienes razon, hombre, tienes razon.

No hay nada como la razon para comprender las verdades, y así fué que cuando llegamos al paseo, Buenaventura se sentó en delantera, junto á una mantilla blanca y vaporosa, espuma de las mantillas, y del color de la nieve, que hace resaltar el negro de las cejas, la lumbre de los ojos y el carmin de los labios.

— Cuando la jóven se volvía á mí, la mantilla flameaba con el airecillo, que parecia tambien agitar levemente las facciones y las pestañas de aquélla, que tambien como Rosalía pudiera llamarse doña Sol ó doña Luz.

Yo hubiera querido decirle:—No seas ingrata, Rosalía, con ese jóven de provecho; mira que es tan profundo que se le pierde de vista; créeme, da oídos á su amor.

Los oídos de Rosalía, medio ocultos en la espesura de pliegues, se asomaban temerosos á escuchar los rumores del mundo cuando tapados oirían en el interior zumban enjambres de ideas, moscones tercios ó aves de paso, para las cuales la ley no reconoce veda en las coronas de Castilla y Aragón.

Buenaventura hablaba con vehemencia, desarrollando, á juzgar por algunas palabras que puede coger, nada ménos que una teoría profunda y racional del amor, pues era hombre que todo lo explicaba; aunque no todos le comprendían.

La jóven estuvo oyendo sin moverse hasta que vió estrellas, y le llevaron los ojos y los oídos, más dados á la astrología que á la filosofía.

— ¿Pero no me escucha V.? dijo Buenaventura en tono de reconvencción.

— ¿Pues no he de escucharle?

Y se apartó la mantilla con el puño del quitasol, descubriendo un pendiente, que era una calabacita de topacio más mona que la de San Roque; la blonda volvió á su primera posición, pero más almidonada; con lo cual Buenaventura, despues de breves razones, se retiró tropezando con las sillas.

Es mucho que mi amigo no pudiese nunca averiguar, para corregirlas, las causas de su ruin fortuna en amores. Yo no podía hacer más que animarle, diciéndole:

— No escarmientes, no escarmientes por tan poco.

Y como era español de buena raza y filósofo de buena ley, no escarmentó.

En busca de una mujer de seso, y empujado por mí, dió en las huellas de mi vecina Victoria, encarnación de todas las virtudes. Con los ojos bajos, tersa la frente, la juventud radiante en todo su esplendor, y con un sonrosado sin ajar en las mejillas redondeadas, el rostro de Victoria entre los tules era el rostro de una Virgen, porque la mantilla es el tocado de las vírgenes; velo pudoroso que oculta el semblante, los hombros, el talle, hasta las manos blancas, mitigando las formas, que sienten bajo tan ligera urdimbre el abrigo

del pudor: aquel tejido revuelto, de tenues hebras, es el capullo en que se envuelve el gusano de seda de la virtud en el invierno de la vida para resguardarse de la intemperie.

Victoria tomaba agua bendita, se santiguaba, señalando la cruz entre el velo, que se entreabría para volver á cerrarse, y que, amontonado en el pecho, parecía recibir y guardar sobre el corazón el santo signo. Despues, al pié de la Dolorosa, eran hija y madre, porque las dos llevaban el mismo luto y en sus rostros la misma sombra, que ningun otro manto sabe tender sobre las facciones á la luz de la cera.

Afanoso Buenaventura cruzó por delante de la bella devota, y le cortó el camino, y la esperó á la puerta del templo, hasta que pudo decirle al paso, con tanta profundidad como galanteria: — Usted siente la fe ciega; yo el amor ciego, — palabras que le valieron una mirada de lado, pero nada más, pues en vano se paseó por la acera de enfrente; detras de los cristales siguió inmóvil una cortina que no se diferenciaba de la mantilla más que en el color, como si fuesen una misma cosa.

Buenaventura y yo nos devanábamos los sesos para descubrir el motivo de un fenómeno tan raro, como el de que un hombre no encuentre de tres mujeres una que le quiera; y, empezando á perder el ánimo, traté de inclinarle al juego, seguro de la fortuna; pero él persistía en su idea.

— No hay efecto sin causa, exclamó parándose de repente en medio de la calle; mirame bien, y dime si hay en mí algo que meta miedo ó haga reir.

Examinándole de cabeza á piés, me pareció notar una cosa, pero tan leve, que no supe lo que era: manía de mis ojos, sin duda, efecto de la prevencion, por lo cual no le dije nada, y seguí animándole á que pusiese á la lotería de Navidad un billete entero.

Así llegamos á la casa en que debíamos hacer una visita, y tras del criado que nos abrió vimos salir una niña preciosa con su gran abanico en la mano y una toalla por mantilla, que nos dijo:

— No están los señores.

Aquella cara parecía una fruta viva y sin gusanillo, pero cuando se fijó en mi compañero brilló en el semblante de la diminuta Eva la sombra de una risa mal ahogada, expresion de la perversidad en el almíbar de la inocencia, tan creciente, que obligó á Maruja á taparse la boca y la nariz con la mantilla y á echar á correr, en el momento en que Buenaventura se desembozaba para cogerla.

· Mi protegido estaba fuera de sí, exclamando:

— ¡Hasta las niñas!

— No hagas caso de niñas.

— Pues los ojos de las niñas lo ven todo; no se les escapa nada.

Es preciso aclararlo; vámonos al parador, en donde encontraremos á la gitana, que; ó me explica el misterio, ó yo le digo la mala ventura, porque tambien ella se reía de mí.

— Vamos al parador.

Y tomamos por el Prado, de espalda á la Cibeles, primera Diosa de aquel Olimpo en que, si hay alguna deidad falsa, se ven muy pocas feas, y al pasar por el Dos de Mayo nos salió delante un cuerpo de la hechura de las que sostienen el brazo en jarra. Andaba con paso largo, mucho ruido de tela y poco de tacones, levantando aire y sin hacer eses, pues todos cedían el paso á la hermosura y á la fortaleza de aquella mujer fuerte de cuerpo y de corazón. En su modo de andar y de mirar habia algo de quien nunca baja la cabeza, de quien no tiene manchas en el rostro, de quien pisa el suelo de su casa, ademan y continente de hija, de hermana de soldado.

Cuando estuvo en campo libre aflojó la mantilla, y todos los goznes de su figura, que, con elasticidad de goma, se plegaba y recogía para dejar espacio á lo que pudiera manchar, ó á la esbeltez de las formas comprimida por la etiqueta de las calles. En uno de esos movimientos, cuando se volvió á ver quién la seguía, conocimos á Manuela, que fijó los ojos en Buenaventura, augurándole tan marcada preferencia mejor suerte que en el amor cortesano, en el amor en corso. Mi compañero fué estrechando la distancia hasta que llegamos juntos al parador, en el cual, como la otra vez, se detuvo Manuela, y nosotros, puesto que tambien íbamos allí en busca de la gitana, ó empujados por el sino.

Mi amigo bebía los vientos que pasaban por el portal del parador, y refrenando la impaciencia para proceder con el método y la lógica que aseguran el buen resultado, empezó por saludar á la hermosa, atención natural á que contestó Manuela con sonrisa de agrado; y él en pié y embozado, aunque escurriéndosele casi el embozo, hablaron del tiempo, que era regular, y como estuvieron acordes y Manuela le miraba, se animó Buenaventura á decirle que sabía llevar muy bien la mantilla, lo que es una de las principales circunstancias en los encantos femeniles, pues así como, según un sabio, el estilo es el hombre, la mantilla es la mujer. Tan franca-

mente se rió Manuela, que el galán la llamó por su nombre con gran sorpresa de la moza, lo que dió lugar á muchas preguntas y respuestas, algunas de las cuales caian muy en gracia á la moza. Buenaventura creyó llegado el momento de regalarme una rosquilla para ofrecerle otra á la dama, diciéndole con la mayor galantería:

— *Honni soit qui mal y pense.*

Como no entendió Manuela esas palabras, se comió la rosquilla con un poco de recelo; pero Buenaventura se sentó junto á ella para explicarle, sin duda, el mote de las armas de la gran Bretaña.

Yo, para dejarlos en libertad, me fuí á hablar con el ventero de lo único al alcance de todos, de política; y tanto nos entusiasmamos haciendo feliz á España, que teníamos olvidada la feliz pareja, cuando un ruido estrepitoso de sillas nos hizo volver los ojos, y vimos, ¡terrible cuadro! á Manuela que, terciándose la mantilla y volviendo la mano del revés, dió á Buenaventura una hofetada solemne, de las de indulgencia plenaria, absolucion, confirmacion y extremauncion todo en una pieza.

Se le atragantó al ventero el trago, á mí un proyecto de ley orgánica, y Buenaventura, tapándose un ojo y con el contrario muy abierto, le dijo á Manuela, que le miraba en jarras:

— Te perdono, si me dices por qué no me quieres.

— ¿Pues habia yo de querer á un español que se emboza con la zurda?

— ¡Ah! exclamé, como si hubiese visto brotar la luz.

— ¡Gracias á Dios que he salido de dudas! dijo el otro embozándose con la izquierda para tapar los cinco dedos del carrillo derecho, y dejamos á Manuela recogándose la mantilla.

ANTONIO FRATES.

---

## LOS TRES MAESTROS.

---

Sublime siempre en su apacible canto,  
del vicio y la maldad siempre ignorante,  
aunque niño en verdad, niño gigante  
en Haydn todo es paz, dichas y encanto.

Deslumbrando la vista con su manto  
 en tejido y color rico, brillante,  
 de Beethoven el eco resonante  
 agita el corazon, provoca el llanto.

Dormita á veces Haydn en su calma,  
 y Beethoven á veces desvaría:  
 sobre los dos Mozart lleva la palma;

Viviente encarnacion de la armonía,  
 que el cielo escale ó baje hasta el abismo,  
 su genio superior siempre es el mismo.

V.

(De *La Fé.*)

---

## CRÓNICA Y VARIEDADES.

---

**Decreto de la Congregacion romana del Santo Oficio sobre sustitucion de la lengua rusa á la polaca:**

**SANTÍSIMO PADRE:**

Los promovedores del cisma hace algunos años trabajan con todo empeño porque las iglesias católicas del rito latino, polacas, lituanas y otras sujetas á Rusia acepten en el ejercicio público del culto divino la lengua oficial del imperio. Hasta aquí, por parte de los mismos promovedores del cisma, la innovacion se ha limitado á que en aquella parte de la sagrada liturgia y administracion de Sacramentos que se denomina culto supletorio, y en que de tiempo inmemorial se usaba la lengua polaca, ahora se emplee la rusa, no sin grave detrimento de la católica fe y con suma perturbacion y escándalo de los fieles.

En situacion tan angustiosa, muchos sacerdotes y legos, hijos de la Iglesia católica, acudieron á la Santa Sede impetrando de ella luz y amparo, con el deseo de mirar por su propia conciencia y juntamente por la de muchos otros. En fin, con el único propósito de conservar en toda su pureza la santa católica religion que de sus padres recibieron, y atender á la tranquilidad de sus conciencias, aquellos sacerdotes y fieles con toda humildad imploraron que recayese la declaracion debida sobre las dos cuestiones siguientes:

1.<sup>a</sup> En el culto divino que dicen *supletorio*, ¿es lícito, sin autoridad

de la Santa Sede, sustituir la lengua rusa á la polaca, empleada en él constantemente por costumbre inmemorial?

2.ª ¿Ha tolerado ó se podrá creer que tolere la Santa Sede semejante sustitucion de la lengua rusa?

Miércoles 11 de Julio de 1877.—En la Congregacion general de la Santa Romana y Universal inquisicion, celebrada ante los eminentísimos y reverendísimos cardenales de la Santa Romana Iglesia, propuestas las sobredichas cuestiones, sus eminencias reverendísimas decretaron.—A la 1.ª y 2.ª—NEGATIVAMENTE.—(Lugar del Sello.) A. JACOBINI, *Asesor del Santo Oficio*.—J. PELAMI, *Notario de la Romana y Universal Inquisicion*.

**Una academia singular.**—*Se non è vero è ben trovato*. Es digna de ser conocida la siguiente anecdota que, como traduccion del inglés, han dado á la estampa varios papeles periódicos:

« Existia en Amedan (Persia) una singular y celebrada Academia denominada de los Taciturnos, en cuyo reglamento se leia como primer artículo: *Los académicos es preciso que piensen mucho, escriban poco y hablen lo ménos posible*.

No habia un sabio que no deseara ser miembro de la Academia; y ni uno solo dejaba de poner en juego todos sus recursos para conseguirlo; pero el número de académicos estaba determinado que no pasara de 100. El sabio doctor Zeb, que vivia retirado léjos de Amedan, en el interior del país, autor de una estimable aunque pequeña obra denominada *La Mordaza*, tuvo noticia de una vacante ocurrida, é inmediatamente se puso en camino: llegado á la puerta del edificio, en el que estaban reunidos los académicos, rogó al conserje hiciera llegar á manos del presidente el siguiente lacónico billete: *El doctor Zeb solicita humildemente la plaza vacante*. El conserje cumplió en el acto su encargo; pero el doctor y su billete llegaban demasiado tarde: la plaza vacante habia sido ya cubierta.

Los miembros de la Academia se disgustaron mucho con este desgraciado accidente, porque todos estimaban mucho al doctor; pero se habian visto obligados, contra su voluntad, á admitir en su seno á un jóven de la corte, cuya elocuencia brillante aunque ligera é impertinente y algo mordaz, era la delicia de los círculos más elevados y más de moda; y tuvieron la penosa necesidad de excluir al doctor Zeb, pesadilla de los charlatanes y hombre de talento y profundos conocimientos. Al presidente correspondia comunicar tan desagradable noticia al demandante, y estaba sumamente perplejo para desempeñar su comision por no encontrar medio hábil de hacerlo sin pronunciar una palabra como era su deseo. Despues de haber meditado sobre el asunto, ordenó que se pusiera sobre su mesa una copa llena de agua de tal modo, que

una sola gota añadida hiciera derramar el líquido, y hecho esto mandó entrar al peticionario.

El doctor Zeb entró en la sala con aquella modestia é interesante aspecto que acompaña de ordinario al verdadero mérito: el presidente se levantó, y sin desplegar sus labios, le indicó con aspecto triste la copa llena de agua. El doctor comprendió al momento la indicacion; pero léjos de desanimarse, se propuso demostrar de la manera más ingeniosa que podían admitirlo como supernumerario: cogió una hoja de rosa que estaba en el suelo, y la colocó sobre el agua de la copa tan delicadamente, que ni una sola gota se derramó.

Tan singular y extraña manera de replicar produjo tal entusiasmo, que la asamblea unánime prorumpió en estrepitosos aplausos, y olvidándose por completo del reglamento, se decretó la inmediata admision del doctor en clase de supernumerario por unanimidad de votos.

El libro registro de la Academia, en el que cada socio nuevamente admitido debía inscribir su nombre, fué llevado al doctor Zeb, quien, despues de escribirlo, debía tambien, segun uso en tales casos, dar gracias á la Asamblea en un lacónico discurso. Pero como verdadero académico taciturno, el doctor cumplió este deber para con sus compañeros de la manera más original y sin proferir una sola palabra; en el márgen del libro escribió el número 400, que era, como ya hemos dicho, el de sus colegas; y añadiendo un cero á la izquierda en esta forma: 0400, puso por debajo: *valen lo mismo que valian.*

El entusiasmo rayó en locura tan pronto como se tuvo conocimiento del hecho. Pero el presidente contestó al modesto doctor con no ménos singular talento y cortesía; puso la cifra uno á la derecha del número ántes escrito del modo siguiente: 01004, escribiendo á continuacion: *Valemos diez veces más que valíamos.*

---

## LIBROS RECIBIDOS.

---

**La Ilustracion Católica.** Bajo la direccion del eminente escritor don Francisco Caminero, presbitero, se publica en Madrid la interesante Revista semanal, cuyo titulo acabamos de escribir. Propónese su editor aumentar cada dia su importancia y perfeccionar su desempeño en todos sentidos. Recomendamos muy especialmente á nuestros lectores esta católica y oportuna publicacion.